

AUTUMN

Passion

LOVE



LORRRAINE

COCCÓ

© 2018, Autumn Passion Love.

© Lorraine Cocó

© Imágenes originales para la portada, Adobe Stock Photo

Lectoras cero: Marisa Gallen Guerrero

Mónica Agüero Fernández

Diseño de portada: Lorraine Cocó

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución,
comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá
realizarse con
la autorización expresa de los titulares del copyright.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[PRÓXIMA PUBLICACIÓN](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

La felicidad se alcanza escuchando al corazón.

PRÓLOGO

La inspectora Cassidy estaba metiendo a un detenido en la parte trasera de su coche cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Bufó por lo inoportuno de la llamada y pidió a su nuevo compañero que terminase de ocuparse del delincuente mientras se apartaba un par de metros del vehículo para poder hablar a pesar de los gritos del detenido, que parecía poseído por algún ente demoniaco. Cuando vio que el remitente de la llamada no era otro que Stephen Weisler tuvo que leer su nombre en la pantalla un par de veces antes de animarse a contestar. Finalmente tomó aire y carraspeó aclarándose la voz antes de hacerlo.

—Señor Weisler, qué inoportuna sorpresa —dijo sin atisbo de la misma en la voz. Llevaba años entrenando su tono neutro y su cara de póker, aquel casanova no iba a conseguir que ella flaquease.

—Apuesto a que sí. Sé que dije que la llamaría, pero he estado un poco... liado.

—No tiene que darme explicaciones —lo cortó no queriendo escuchar sus excusas.

Ella, en su último encuentro, cuando lo ayudó sacando a su hermana de la terminal del aeropuerto donde la esperaba la prensa para cebarse con ella,

le había dicho que no era necesario que la llamase, y era verdad. No porque no se sintiese intrigada y atraída por ese endemoniadamente atractivo hombre, sino porque podía oler a kilómetros lo peligroso que podía llegar a ser dejarse embaucar por él. Y si ella tenía algo claro era que no necesitaba ese tipo de relación en su ya de por sí complicada vida.

—En realidad sí, pero sería mucho mejor hacerlo invitándola a cenar...

Pamela estaba a punto de volver a aclararle que no era necesario, de manera mucho más contundente, cuando la siguiente frase de él la dejó enmudecida.

—Pero habrá que dejarlo para otro día. Hoy me temo que necesito su ayuda. Me he metido en una situación... comprometida.

El tono que utilizó este para pronunciar aquella última palabra la hizo parpadear varias veces. ¿Aquello sonaba a lío de faldas y él la llamaba a ella?

—Señor Weisler, creo que tiene usted experiencia de sobra para salir de situaciones... comprometidas. Cúidese —dijo justo antes de colgar, resoplando.

Negó con la cabeza y comenzó a regresar a su coche cuando el pitido avisando de un mensaje de entrada la hizo volver a tomar el aparato. Vio que él era el remitente y volvió a resoplar, esperando que Stephen Weisler no fuera de los tipos que enviaban fotos guarras. Abrió el archivo y se quedó paralizada al ver que en la imagen él tenía una mano esposada al horno de una

cocina industrial y su rostro mostraba los estragos de varios golpes.

«Está bien, señor Weisler. Tú sí que sabes llamar la atención de una mujer», se dijo volviendo a resoplar resignada. Estaba claro que su decisión de mantenerse alejada de él acababa de esfumarse ante ella, definitivamente.

CAPÍTULO 1

Pamela aferró el volante con ambas manos hasta dejarse los nudillos blancos por la presión y torció el gesto tanto que llamó la atención de su compañero.

—¿Qué diablos te pasa, Cassidy? Desde que has recibido esa llamada estás de un humor de perros. No es que normalmente seas la reina de la fiesta, pero ahora parece que te ha dado un tirón en la cara y me estás dando grima — le dijo Garret, su compañero desde hacía seis semanas, con su habitual tono jocoso. Por norma general soportaba su excesivo buen humor, pero en ese momento lo que menos necesitaba eran sus comentarios graciosillos, y se limitó a gruñir en respuesta.

A Garret no le faltaba razón, estaba más tensa que una cuerda. El maldito Stephen Weisler... Bufó por quinta vez desde que salieron de la comisaría para dejar al detenido que habían arrestado y dirigirse al elegante restaurante de aquel endemoniado hombre. Estaba despuntando el alba tras una noche de sábado especialmente movida. Habían hecho tres detenciones y solo pensaba en llegar a casa y descansar. No tenía que volver al trabajo hasta el lunes y después de dos semanas en las que había tenido que doblar varios turnos, su cama era el único destino que quería para sus cansados huesos.

La imagen del cuerpo desnudo del señor Weisler en dicha cama la sorprendió tanto que sacudió los hombros y la cabeza instantáneamente para desecharla.

—¡Joder! ¿Ahora tienes pulgas? —volvió a la carga Garret, riendo.

—¿Te he dicho ya que estás más mono con la boca cerrada? —le preguntó ella elevando una ceja sin apartar la vista de la carretera.

—Alguna vez, pero nunca te tomo en serio.

Pamela apretó los labios. De toda la maldita comisaría el recién transferido Garret Clayton debía ser el único que no lo hacía. Tal vez por eso se lo habían adjudicado a ella como compañero. Los demás le tenían demasiado miedo. Y ahí estaba, acompañada por una especie de niño con incontinencia verbal mientras iba al rescate de otro niño, demasiado atraído por las faldas. La foto que le había mandado Stephen desde luego era lo bastante perturbadora como para que ella moviese el trasero y fuese a ver qué le había pasado. Era evidente que había sido agredido, pero no hacía más que pensar que seguramente la agresión tenía que ver con tema de mujeres. Y la verdad, después de que él le insinuase su interés por ella y prometiese llamarla, lo último que había esperado es que cuando lo hiciese fuese para que lo rescatara de algún lío en el que se hubiese metido por uno de sus rollos.

Se sentía como una estúpida yendo en su rescate. Supo que se tenía que mantenerse a distancia desde el primer momento en el que lo vio. Recordaba

perfectamente ese día. ¡Cómo para no acordarse! Si un hombre como Stephen Weisler te abre la puerta tan solo con una toalla atada a la cintura, lo que menos haces es tragar saliva y admirar aunque sea un poquito su escultural cuerpo.

—¡Hoolaaa! —la saludó aquel día con una de sus sonrisas embaucadoras—. ¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó repasándola de arriba abajo con abierto interés.

Ella estuvo tentada de hacer lo mismo, pero era una profesional y no se dejó impresionar. Mantuvo su gesto impertérrito y se dispuso a hacer su trabajo.

—¿Es usted Stephen Weisler?

El tono áspero con el que pronunció su nombre pareció sorprenderlo y supo que aquel tipo estaba demasiado seguro de sus encantos.

—Síiiii, el mismo —respondió él sin mermar la sonrisa.

—Soy la inspectora Cassidy —se presentó enseñándole una placa.

Ese era el momento en el que cualquier otra persona la habría invitado a pasar o al menos le habría preguntado qué hacía en su puerta una agente de la ley, pero el señor Weisler no.

—Claro, guapa. Y seguro que vienes a cachearme —dijo entonces tirando de la toalla que llevaba anudada a la cadera tras la ducha, quedándose completamente desnudo ante ella.

Recordaba perfectamente haberlo mirado de arriba abajo, apreciando al espécimen de hombre que acababa de desnudarse sin el menor pudor después de que se hubiese presentado como policía. Tenía que reconocer que el tipo estaba muy bien hecho, rematadamente bien hecho, pero aquella sonrisa granuja le decía que eso ya lo sabía él. Y no tenía el menor pudor en exhibirse. Ella, sin embargo, no se molestó ni en pestañear. Levantó la vista hasta su rostro y aunque este era igual de impresionante, con sus grandes ojos castaños, su mandíbula marcada y aquella sonrisa canalla, mantuvo la postura y gesto indescifrable.

—Si le gusta exhibirse no tengo problema, pero para hablar de la desaparición de su hermana, quizás prefiera ponerse algo encima.

Sus palabras consiguieron el efecto aplastante que buscaba y le borró la sonrisa de un plumazo. Después la miró interrogativamente.

—¿Qué pasa con mi hermana?

—¿Puedo pasar? —tuvo que preguntar ella viendo que, por consternado que hubiese quedado ante su pregunta, el señor Weisler no parecía interesado en cubrirse y alejarse de la puerta, donde lo podía ver cualquiera de sus vecinos.

Él se limitó a echarse a un lado invitándola a entrar. Pamela oyó cerrarse la puerta a su espalda mientras admiraba la amplitud y elegancia del apartamento del chef. Había investigado un poco antes de ir a interrogarlo, no

le gustaba andar a ciegas y sabía que era uno de los más reconocidos de la ciudad, tal vez del país. Y era evidente que su fama iba acompañada de una buena cuenta corriente, pues aquel apartamento costaba más de lo que ella iba a ganar en su vida como inspectora de la policía.

—Dígame, ¿le ha pasado algo a mi hermana? —volvió a preguntar él pasando por su lado aún desnudo. No se detuvo y caminó descalzo, dándole la espalda, hasta entrar en una habitación cuya puerta dejó abierta.

Ella tardó un segundo en responder tras la visión de su cincelado trasero. Después sacudió la cabeza, aprovechando que él no podía verla, y empezó a hablar.

—No lo sé, señor Weisler. Eso es lo que he venido a averiguar —comenzó a decir ella, elevando la voz para hacerse oír—. El prometido de su hermana vino ayer a poner una denuncia por desaparición...

Aquel fue el comienzo de un pequeño interrogatorio que le bastó para deducir que el señor Weisler no era sincero. Su instinto se lo decía a gritos, y hasta la fecha esa pericia para leer el lenguaje corporal de la gente había sido su mejor arma a la hora de investigar. Él sabía más sobre el paradero de su hermana de lo que le estaba revelando. También averiguó que él era muy protector con la misma y eso le gustó. Su determinación para protegerla y su lealtad la habían asombrado, y ella era difícilmente impresionable.

Recordó que tuvo que tragar saliva ante la intensidad con la que había

hecho sus declaraciones. Y durante un segundo no pudo apartar la mirada de la suya. Un segundo que se le antojó eterno y demasiado íntimo. Por lo que terminó por retirar la vista pestañeando varias veces, aturdida.

—Bien, creo que eso es todo. Es evidente que, si sabe algo sobre el paradero de su hermana no me lo va a decir. Y también tengo claro que usted no haría nada que la perjudicara. Solo le pido que, si en algún momento cambia de idea, decide compartir lo que sabe, o se pone su hermana en contacto con usted, me lo haga saber para detener la investigación.

Le entregó una tarjeta con sus datos y al tomarla sus dedos se rozaron. El contacto entre ambos volvió a enlazar sus miradas. Y ese fue el momento exacto en el que decidió mantenerse lo más alejada posible de aquel hombre. La descarga que la sacudió tras el contacto fue lo suficiente alarmante como para que tuviese claro que él era peligroso para ella. Llevaba año y medio haciendo malabares para conseguir una vida estable y sin complicaciones. Y aquel hombre era exactamente el tipo de problema que podía destruirlo todo con una de esas sonrisas que tanto derrochaba.

Por eso cuando él insistió en llamarla, ella le dejó claro que solo lo hiciera si tenía algo que aportar al caso de desaparición de su hermana. Días más tarde él la llamó para confesarle que tal y como ella sospechaba sabía dónde estaba su hermana y que ésta estaba en un apuro. La prensa la estaba esperando en la terminal del aeropuerto por la que debía desembarcar de su

vuelo desde Santorini. Había decidido marcharse huyendo de un desengaño y relación tóxica con el imbécil de su ex prometido. Un congresista que afortunadamente recibió su merecido y cuya carrera había terminado semanas más tarde al verse destapados todos sus turbios asuntos.

En ese momento dedujo que ya no volvería a saber nada más de Stephen Weisler, aunque su promesa de llamarla seguía latente en su cabeza. Y de vez en cuando, de manera inconsciente, él volvía a su mente y se veía a sí misma mirando el móvil como una tonta. Pero habían pasado tres meses de todo aquello y cuando ya no esperaba nada de él, iba y la llamaba. Y para colmo con aquella petición extraña de rescate.

—¿Por qué te ha llamado a ti en lugar de hacerlo directamente a comisaría? —Su compañero formuló la pregunta que ella misma se hacía, sacudiéndola de sus pensamientos— ¿Es amigo tuyo? —insistió.

—Para nada. Stephen Weisler y yo no tenemos absolutamente nada que ver —dijo demasiado rápido y tuvo que sufrir la sonrisa pícaro de su compañero, en respuesta.

—De algo tienes que conocerlo si te llama a ti...

Pamela resopló.

—Yo investigué el caso de la supuesta desaparición de su hermana. Y luego la ayudé con un asuntillo.

—¿Por qué él te lo pidió? —volvió a insistir su compañero.

—Sí, porque él me lo pidió, Garret. Pero no hay, ni ha habido, ni habrá nada entre nosotros, ¿de acuerdo? —dijo mirándolo fijamente al aparcarse el coche delante de la puerta del restaurante.

Garret levantó las manos rindiéndose hasta que al girarse vio la fachada del restaurante, uno de los más famosos y caros de la ciudad.

—¡Mecagoen...! —No terminó el exabrupto ante la expresión aniquiladora de Pamela —¡Perdón! Se me ha escapado. No me acordaba de tu política de tolerancia cero con las palabrotas —alegó su compañero en tono burlón, saliendo del coche.

Pamela abandonó el vehículo, lo rodeó y se puso junto a él.

—Pero tienes que admitir que este sitio impresiona. No creo que nadie como tú o como yo consiga jamás una reserva aquí, en su vida.

Pamela se limitó a cerrarle la boca empujando hacia arriba su barbilla cuando vio que Garret con mirada alucinada era incapaz de dejar de admirar la enorme fachada acristalada de al menos tres plantas de altura, desde la que se podía admirar la elegancia y opulencia del interior del local a pesar de estar solo parte de las luces encendidas.

—Vamos que te va a dar un tirón en el cuello —le dijo cuando vio que no la seguía.

Al llegar a la puerta comprobó con estupor que esta estaba abierta. Frunció el ceño y haciendo gestos a su compañero desenfundó el arma. No

había caído hasta ese momento en la posibilidad de que Stephen siguiese en peligro y eso le atenazó el estómago al tiempo que despertaba sus sentidos. Con el arma en alto ambos entraron en el local, mientras contenía el aliento y rezaba para no encontrar una escena que jamás podría olvidar.

CAPÍTULO 2

Stephen se pasó la mano libre por el cabello y al sentir como esta se manchaba de un líquido espeso, se la miró con asombro. Le dolía la cabeza desde que había despertado esposado a su horno, pero no se había percatado de que sangraba. Era evidente que el golpe que había recibido y lo había dejado inconsciente, le había abierto una brecha. De cualquier otra forma los malnacidos que habían entrado en su restaurante no habrían conseguido salirse con la suya. Apretó los puños y parpadeó varias veces al sentir que se le nublaba la vista. Se sujetó el puente de la nariz y entonces escuchó un ruido proveniente del comedor del restaurante. Hacía escasamente media hora que había llamado a Pamela y dudaba que hubiese llegado tan rápido hasta allí. Por lo que sospechó que su agitada noche no había terminado aún.

Los tipos que habían entrado habían impedido que terminase con el cierre, después de una cena y fiesta privada que había durado hasta altas horas de la madrugada, y la puerta de la calle seguía abierta. Cualquiera que se percatase de ello podía ver el cielo abierto para hacer un destrozo en su restaurante más famoso. Intentó estirarse para llegar al cuchillo que había sobre la encimera de enfrente, pero por mucho que se irguió no consiguió alcanzarlo. Tal vez, si lo intentaba con el pie... Se incorporó, en un principio

tambaleante, aferrándose al horno. Poco después logró, a la pata coja y extendiéndose como una bailarina profesional, llegar con la punta de su zapato hasta el mango del cuchillo cebollero. Respiró con alivio al ver que podía moverlo y apretando los dientes lo intentó un poco más, manteniendo el equilibrio para darle un último empujón. Justo acababa de lograr que este cayese al suelo, haciendo un gran estrepito, cuando la puerta de la cocina se abrió y entró la inspectora Cassidy sorprendiéndolo en la postura menos decorosa del mundo.

—Señor Weisler, ¿haciendo estiramientos? —preguntó Pamela elevando una ceja. Aunque el comentario estaba cargado de burla, en su tono no se evidenció nada más allá de su frialdad habitual con él.

Stephen sonrió bajando el rostro y la pierna, avergonzado, mientras apretaba los labios maldiciendo su mala suerte.

—Inspectora Cassidy, gracias por venir —dijo él intentando incorporarse, pero al hacerlo la visión se le volvió a nublar y tuvo que aferrarse con fuerza a la puerta del horno para no caer de nuevo.

Pamela que se dio cuenta de que él vacilaba, corrió a ayudarlo. Sin pensarlo lo sujetó bajo los brazos para evitar que cayese al suelo. Él se llevó nuevamente la mano a la cabeza y comprobó que sangraba con mayor abundancia.

—¡Estás sangrando! ¿Por qué no me lo has dicho? Tenía que haber

venido con una ambulancia —dijo ella en tono áspero, aunque el hecho de que lo tuteara no escapó a su oído.

Stephen la miró con la cara del niño al que han pillado haciendo una trastada y ella tras el primer segundo en el que sus miradas quedaron enlazadas, apartó la vista apretando los labios.

—La verdad, no tenía muy claro si vendrías tú siquiera —confesó devolviéndole el tuteo, y ella contuvo el aliento.

Estaba pegada a él, demasiado próxima a su cuerpo firme, a sus ojos castaños de mirada pícara y aquellos labios de sonrisas canallas que durante los últimos meses la habían hecho suspirar, de cuando en cuando.

Se sintió estúpida por sentirse tan turbada por un hombre que era todo lo contrario de lo que ella debería ansiar para su vida. Stephen Weisler era un mujeriego empedernido, tenía un cartel de peligro colgado al cuello y un neón en la frente.

—Solo hago mi trabajo —dijo finalmente volviendo a tomar su postura más profesional— No te muevas, voy a soltarte y llamar a una ambulancia.

A pesar de no estar acostumbrado a recibir órdenes, Stephen no pensaba discutir. El dolor de cabeza se hacía más agudo por momentos. Era curioso que una mujer tan poco accesible como la inspectora Cassidy le pareciese tan atractiva. Que era hermosa saltaba a la vista. Su rostro era para enmarcarlo y tenía un cuerpo para servirse en él, como si fuera el más exquisito de los

platos, el mejor helado del mundo. Cuando pensaba en ella se imaginaba teniéndola así, desnuda y dispuesta para lamerla con devoción. Pero Pamela Cassidy era un hueso duro de roer. No se dejaba engatusar por sus encantos. Algo que le frustraba bastante, todo había que decirlo. Y esa manera fría de tratarlo había hecho que se convirtiese en una pequeña obsesión. Un reto, un desafío tal vez. Si no la había llamado había sido por no haber estado en la ciudad. No obstante, durante esos meses había tenido en mente hacerlo y no de aquella forma tan poco morbosa, aunque hubiese esposas de por medio.

Torció el gesto masajeándose la muñeca que había tenido esposada y se incorporó mientras la contemplaba de espaldas, pidiendo una ambulancia.

—No es necesario, estoy mejor —dijo él. Y cuando ella se dio la vuelta recibió una mirada fulminante.

—Gracias, aquí les esperamos —dijo ella terminando con la llamada.

—¿Por qué te has levantado? Vamos tienes que sentarte —volvió a ordenarle sin dejar que llegase a contestar.

En su lugar volvió a aproximarse a él y tomándolo del brazo lo ayudó a llegar a un taburete cercano. Cuando él se hubo sentado se colocó entre sus piernas para bajarle la cabeza e inspeccionar el golpe del que emanaba la sangre.

Stephen contuvo el aliento cuando inhaló su aliento de menta. Sus rostros estaban tan próximos que un simple movimiento habría bastado para

apoderarse de sus labios mandones. Ella exhaló con suavidad ajena a sus reacciones cuando apartó su cabello para analizar la profundidad del corte, y él puso los ojos en blanco preguntándose si era consciente de lo que le estaba haciendo.

—Es bastante profundo. Seguramente tendrán que darte puntos —apuntó pegándose más a él mientras le inclinaba la cabeza hacia abajo para tener mejor ángulo de visión. Al hacerlo, los ojos de Stephen quedaron a la altura de su escote. Si avanzaba la barbilla podría retener entre sus dientes uno de los oscuros pezones que se marcaban a través de su camiseta ajustada.

Sin poder evitarlo de sus labios escapó un gruñido producto de la necesidad. Pamela se separó inmediatamente para mirarlo a los ojos, interrogativamente. Cuando leyó en estos el deseo más animal, parpadeó un par de veces y se apartó de él dando un paso atrás.

—Está bien, Weisler. Mientras esperamos a la ambulancia, ¿qué tal si me cuentas que ha pasado? —Su tono ya no solo era áspero sino tan gélido como un iceberg. Y por supuesto había vuelto a su trato aséptico.

Stephen se miró las manos manchadas de sangre.

—Tres hombres entraron cuando estaba haciendo el cierre...

—¿Sueles cerrar a las seis de la mañana? —preguntó ella levantando la mirada de aquella libretita suya, que acababa de sacar del bolsillo trasero de su pantalón. Su mirada ya no mostraba preocupación. Había vuelto la

inspectora de acero. Y aunque una parte de él se moría por sacarla de aquella pose suya de chica dura, se contuvo pensando que no era el momento ni el lugar.

—Solo cuando hay alguna cena, evento o fiesta especial. Esta noche hemos preparado una para Vogue.

Pamela clavó la mirada en él durante un segundo interminable, frunció los labios y volvió a apuntar.

—¿Se quedó alguien rezagado de la fiesta? ¿Estabas acompañado en el momento del asalto?

—No, esta vez no. Estaba muy cansado —dijo sinceramente.

—¿Muy cansado para qué? —Nada más formular la pregunta Pamela se reprendió mentalmente.

La inspectora que llevaba dentro tenía que haber seguido interrogándolo sobre los sucesos del asalto, y sin embargo otra ligeramente irreflexiva se había dejado llevar por la curiosidad de saber a qué se dedicaba él cuando cerraba tras una cena llena de modelos internacionales de largas piernas y medidas de infarto. Levantó la vista de la libreta y descubrió que él la miraba con una ceja alzada y sospechosamente divertida.

—¿Es importante para atrapar a los que me han agredido, saber que hago en mi tiempo libre?

Pamela apretó los dientes.

—Solo si han estado vigilando tus rutinas para cerciorarse de en qué momento eras más vulnerable —se apresuró a aclarar.

Pamela casi se aplaudió mentalmente por la rápida excusa que se le había ocurrido. Su rostro inexpresivo dio más fuerza a su explicación. Stephen, por otro lado, torció el gesto como si hubiese sufrido una decepción. Pamela bufó mentalmente. “¿Acaso pensaba él que podía tener un interés personal?”

—¡Ya! Bueno... Pues no sé si me han estado vigilando. No es algo de lo que esté pendiente.

—Bien, prosigue —lo instó a seguir relatando lo ocurrido.

—Había despedido a los rezagados de la fiesta y me disponía a hacer el cierre. El personal se había marchado media hora antes y estaba solo en el local. Entonces escuché ruido aquí, en la cocina. Vine pensando que sería alguno de mis empleados que había olvidado algo...

—¿Tus empleados tienen llaves del restaurante? —lo detuvo.

—Solo mi *sous chef*.

—Su nombre... —lo interrumpió nuevamente.

—Ximena Rodríguez —repuso él resoplando.

—Necesitaré su teléfono —apuntó ella.

—Por supuesto... —Pamela comenzó a anotar rápidamente cuando él le dictó el número de memoria. Algo que le sorprendió. ¿Quién memorizaba los

números de teléfono en esos tiempos? A no ser que lo utilizase con muchísima frecuencia...

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó desechando a su voz interior empeñada en curiosear en cada detalle.

—Al llegar a la cocina me encontré con dos hombres que iban en dirección a mi oficina. Está por esa puerta —La señaló y continuó—. Uno de ellos se lanzó sobre mí y empezamos una pelea.

Pamela levantó la vista nuevamente de la libreta.

—¿Te has peleado con los dos? —Alzó una ceja. Weisler estaba magullado, pero tenía que haberse defendido bastante bien para después de pelear con dos individuos haber quedado con solo un par de golpes en el rostro.

—¿Es mejor estrategia dejar que te usen como saco de boxeo? —preguntó él levantándose y dando un paso hacia ella.

Pamela se sorprendió y dio un paso atrás chocando con una encimera de acero.

—La mejor estrategia es sobrevivir. Nunca se sabe cómo van a reaccionar los delincuentes al enfrentarse a ellos —contestó rápidamente, tragando saliva.

—Está claro que no. No me iba mal hasta que apareció un tercero que me golpeó en la cabeza. No lo vi venir por lo que no puedo describir a ese.

Desperté en el suelo, esposado a mi horno y con un terrible dolor de cabeza.

—Y decidiste llamarme...

Las miradas de ambos quedaron enlazadas. Stephen no tenía una explicación plausible para ese comentario. Sí, la había llamado a ella en lugar de llamar a la policía o a emergencias. Y lo había hecho sin pensar, o tal vez dejándose llevar por su caprichoso inconsciente que le había gritado que debía hacerlo, desde que regresó a la ciudad. Estaba claro que no era la mejor situación para seducir a una mujer, pero ella estaba allí, ¿verdad? Y decidió dar un paso más que acortó la distancia entre ambos hasta quedar a pocos centímetros.

—¿Por qué? —La pregunta escapó de los labios de Pamela sin contención. Era la segunda vez en esa conversación que perdía el control de su boca y hablaba sin pensar, pero esta vez no fue capaz de apartar la vista de sus ojos, buscando su respuesta. Se perdió en su mirada castaña del color del chocolate con leche, justo su preferido.

—¿Cassidy, todo bien? —La pregunta de su compañero rompió el momento entre ambos, que sufrieron una sacudida— El resto está vacío, no hay nadie y no han tocado la caja. Esto no es un robo...

Las palabras y presencia de Garret provocaron que los tres se mirasen sorprendidos.

CAPÍTULO 3

—¿Cuándo pensabas decirme que el tipo al que has venido a socorrer tan rápidamente es un ex amante tuyo? —La pregunta de Garret hizo que diera un respingo y dejase de mirar a Stephen que era atendido en la ambulancia a pocos metros de ellos.

—Definitivamente esos brebajes que tomas te afectan al cerebro — contestó señalando con la cabeza la botellita que llevaba su compañero todos los días, con una infusión de olor repulsivo que aseguraba que servía para depurar el organismo.

—Evitando la verdad con un poco de sarcasmo... Eso es nuevo. Tú eres más de sinceridad en crudo y sin anestesia. Así que no voy tan desencaminado —rio con ganas.

Pamela se cruzó de brazos y resopló, de repente una idea pasó por su mente.

—¿Por qué en esa absurda teoría tuya es un ex amante y no alguien con quien salgo en la actualidad?

—No te tiras a nadie ahora. Eso es evidente —Aquel comentario hizo que Pamela abriera los ojos desorbitadamente.

—¡Vamos Cassidy! Alguien con sexo regular tiende a sonreír con más

frecuencia.

—¿Te refieres a parecer que se ha comido un payaso, como tú?

Las risas de Garret se oyeron por toda la calle.

Stephen, sentado en la camilla de la ambulancia, era atendido por el personal sanitario. Se había negado a ir al hospital y estaban haciéndole una cura allí mismo. Pero él estaba siendo consciente de poco. Solo tenía ojos para Pamela y el guaperas de su compañero. Bueno, podía considerarse guaperas si eras una mujer de esas a las que les gustaba aquel tipo de hombres; con pinta de malote, ídolo de adolescentes. El compañero de la inspectora parecía recién sacado de un anuncio de colonia. Con ropa a la última y ese aire de cuidado descuidado bastante molesto. Estaba seguro de que se pasaba una hora ante el espejo para peinar ese cabello rubio, lo justo de largo como parecer un rebelde sin causa. En ese momento el tipo reía con ganas y él en cambio apretaba las mandíbulas.

—¿Está seguro de que no quiere que le administre algún calmante? —le preguntó el sanitario confundiendo su gesto por uno de dolor.

—No es necesario —repuso y vio por el rabillo de ojo que el hombre encogía los hombros. Él mientras se preguntaba qué podía haberle dicho Pamela tan gracioso como para que su compañero estuviese a punto de tirarse al suelo tronchándose de la risa. Con él era tan escueta y seca como podía.

—Está bien. Esto ya está. En unos días tendrá que ver al médico y que le revise la cura. Si tiene dolores de cabeza, mareos o cualquier otro síntoma extraño deberá ir al hospital y hacerse una placa —le dijo el sanitario.

—Muy bien —respondió tajante, más preocupado por salir de allí.

Cuando bajó de la ambulancia y vio que Pamela dejaba a su compañero para acercarse a él, un extraño regocijo se apoderó de su pecho.

—Tendrías que ir al hospital —le dijo ella nada más llegar a su altura.

—No te muestres tan preocupada o ablandarás mi caprichoso corazón —La sonrisa canalla que él le dedicó removió algo en su interior.

—No te hagas ilusiones. Solo necesito estar segura de que te encuentras en condiciones para hablar con un dibujante de la comisaría y hacer un retrato robot de los tipos que te han asaltado esta noche. Además, has dicho que los hombres iban hacia tu despacho cuando los sorprendiste, si no han metido la mano en la caja y esto no es un robo, necesito que mires qué puede faltar en tu despacho que fuera de interés para ellos —dijo ella en su tono más profesional y anodino.

Stephen no dejó que sus esperanzas amilanasen. En lugar de eso apreció la mente analítica de Pamela. Era fascinante lo rápido que iba. De hecho, él no se había parado a pensar en los motivos de aquellos tipos. Había dado por sentado que se trataba de un robo como tantos otros. Pero la inspectora despertó su interés. Habían entrado en su restaurante, le habían agredido y no

tenía ni idea de lo que buscaban. Era hora de averiguarlo.

—Está bien, pues vamos a verlo —dijo con energías renovadas empezando a caminar, sin esperarla, de vuelta al restaurante.

Pamela parpadeó un par de veces sorprendida y corrió tras él.

—Sabes, esto es emocionante... —dijo él entrando en el restaurante y sujetándole la puerta para que ella lo siguiese.

—Creo que tienen que hacerte una radiografía. Es evidente que el golpe te ha provocado algún tipo de trastorno. Nadie que haya recibido una paliza y sido esposado a un horno considera la experiencia emocionante —dijo apresurando el paso para adecuarse a la larga zancada masculina.

—¡No! No me refiero a eso. Cuando pienso en esposas se me ocurren formas mucho más ocurrentes de utilizarlas.

Pamela estuvo segura de que así era, y frunció el ceño aprovechando que él no podía verla.

—Me refiero a esto... —dijo deteniéndose y girándose hacia ella. Su rápido movimiento hizo que Pamela chocase contra su pecho. Aturdida por su cercanía dio un paso atrás.

Entornó la mirada sin entenderlo cuando él los señaló a ella y de vuelta a él alternativamente, varias veces.

—A nosotros —dijo él clavando la mirada en la suya, con intensidad.

—¿Nosotros? —Tan solo pronunciar aquella palabra le provocó un

escalofrío que le recorrió la espalda.

—¡Claro! Nosotros; tú y yo haciendo esto. Investigando un robo en mi restaurante.

—¡Nosotros no investigamos nada! Eres una víc-ti-ma. Y yo soy la policía que investiga lo que ha sucedido aquí esta noche, no nosotros. No hay ningún nosotros —dijo aclarándole eso último con vehemencia. Después pasó por su lado y siguió caminando ella sola.

Stephen la vio pasar junto a él tras su apasionada declaración. Tal vez demasiado apasionada, ¿no? Estaba claro que él no había planeado ninguno de los acontecimientos de esa noche, pero si tenía que sacar algo positivo de todo lo sucedido era volver a verla. Aún más, tener la oportunidad de pasar algo de tiempo juntos, ver de cerca cómo funcionaba la mente de la única mujer que había despertado su curiosidad los últimos meses. Es más, ahora que lo pensaba, exactamente desde que la conoció.

De cualquier manera, algo le decía que de haberla llamado para invitarla a cenar como tenía pensado, ella lo habría rechazado sin contemplaciones. Por alguna absurda razón Pamela había decidido mantener las distancias entre los dos, y él acercarlas. Sonrió durante un segundo sin tener tiempo para recrearse demasiado en su decisión. Pamela Cassidy era un hueso duro de roer, pero un hueso delicioso, eso seguro. Y él no era de los que desistían fácilmente.

CAPÍTULO 4

Tres horas más tarde Pamela llegaba al edificio en el que se encontraba su apartamento en el West Village, y en su cabeza seguían rondando los detalles del caso. Stephen había sido sumamente útil dando información que había facilitado que el retrato de los sospechosos fuese preciso. Esperaba que en poco tiempo obtuviesen una coincidencia con la base de datos de delincuentes, que posibilitase el reconocimiento de los tipos a los que por el momento solo podían acusar de incursión en una propiedad privada y agresión. Pues aún no habían conseguido averiguar, después de registrar concienzudamente su despacho, qué podían haber estado buscando allí. No faltaba absolutamente nada y eso la estaba ofuscando. Lo primero que intentaba descubrir era la motivación de los delincuentes. Siempre le resultaba mucho más útil para desentrañar un caso, empezar conociendo qué les había llevado a cometer el delito.

Bufó al darse cuenta de que seguían faltándole piezas importantes en el puzle para descifrar la verdad. Su instinto le decía que pasaba algo por alto y esa sensación no le gustaba un ápice. Aun tenía pistas y ya había puesto a agentes a investigarlas, mientras ella descasaba ese único día que disponía libre.

Pero de repente se detuvo en los escalones. La otra posibilidad era que simplemente hubiesen ido para agredirlo. En ese caso el ataque sería algún tipo de castigo o venganza. Seguro que Weisler era capaz de cabrear a unas cuantas personas. Pero de ser así, y habiendo conseguido reducirlo y esposarlo, lo lógico habría sido que lo encontrasen mucho más herido.

Desecho la idea de inmediato sacudiendo los hombros.

Solo de pensar que así podría haber sido sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Recordó cómo reaccionó su cuerpo al descubrir la sangre que emanaba de su cabeza. Estaba acostumbrada a ver a víctimas heridas. No tenía mucho sentido sentirse afectada por alguien a quien apenas conocía. Pero así había sido, y no quería pensar en ello.

Stephen estaba bien. Demasiado bien, pues durante las últimas tres horas se había dedicado a volverla loca con su absoluta disposición a ayudar a esclarecer los hechos de esa noche, llegando a ofrecerse incluso a echarle una mano en la investigación. Aquella idea absurda hizo que una sonrisa cansada asomara en sus labios mientras abría la puerta de su pequeño pero acogedor apartamento.

—¿Eso es una sonrisa? Estaba a punto de reprenderte por trabajar tanto, pero si llegas tarde por otro motivo...

Pamela se dejó caer en uno de los taburetes de la pequeña isla de madera de la cocina americana de su apartamento. Y apoyó la barbilla en la

mano, mientras aceptaba de manos de su casera, vecina y casi madre adoptiva, una taza de humeante chocolate.

—Gracias, esto sí que es una bienvenida —le dijo dando el primer sorbo a su chocolate antes de continuar—. No, ha sido un caso de última hora —explicó negando con la cabeza.

—Los casos no te hacen sonreír... —apuntó la mujer acompañando el chocolate de una tostada.

Pamela acercó el rostro al plato y cerró los ojos con deleite al oler la mantequilla derretida con la que Diane había tostado el pan. Dio un gran sorbo al chocolate y un par de mordiscos a la tostada antes de que Diane volviese a insistir. La vio apoyar los codos en la encimera hasta que su rostro delgado quedó a su altura y mirarla como si quisiera leerle la mente. Se ajustó las gafas arrastrándolas por el puente de la nariz y achicó los ojos, inquisitivamente.

—Me atrevería a decir incluso que el culpable de tu sonrisa es un hombre.

Pamela se enderezó inmediatamente y torció el gesto.

—No hay ningún hombre. Sabes que no puedo... —dijo casi ofendida.

—¡Eso es una estupidez! —la cortó la mujer no dejándola terminar—.

Claro que puedes. Eres joven, hermosa, inteligente, dulce... una mujer llena de energía y con una vida muy larga por delante.

—No me refiero a eso... —dijo ella en tono bajo concentrando su atención en la oscuridad de su chocolate. Sacudió la cabeza cuando los ojos de Stephen volvieron a apoderarse de su mente.

—Sé a qué te refieres —aseguró la mujer posando una mano sobre la de ella, y después de tomar aire lentamente continuó—. Tú vida no acabó con la de él.

Pamela sintió la losa de la pena posarse sobre su pecho, haciendo su respiración costosa.

—Es más, Anthony no habría querido que así fuese —Pamela levantó la vista para cruzar su mirada oscura, con la azul de la mujer. Tan solo escuchar el nombre de su difunto marido, le encogía el alma.

Anthony había sido un hombre fuerte, valiente, fiable. Un puerto seguro que la había hecho feliz los dos años de noviazgo y los tres de matrimonio que habían estado juntos. Durante ese tiempo él le dio todo el cariño que le había sido privado desde niña, al haber crecido sin una familia. Anthony veía lo mejor de ella y la animaba a conseguir cuanto desease. Él entendía su pasión por convertirse en inspectora y ella entendía la suya de ser bombero y meterse en situaciones de peligro de las que el resto de los humanos solían huir. Aunque eso no fue consuelo cuando él murió cumpliendo con su deber.

Habían sido la pareja perfecta, y por eso sabía que después de haber tenido la suerte de conocer y disfrutar del gran amor de su vida, ya no tenía

derecho a más.

Estaba segura de que su corazón se había congelado, al menos en ese aspecto, el día que su marido murió entre las llamas. Nunca más volvería a sentir lo que sintió por él. Cualquier otra cosa solo eran respuestas físicas, hormonas, su cuerpo tanto tiempo desatendido reaccionando a la química.

—No necesito nada más. Mi vida está llena de cosas que me hacen muy feliz. No voy a complicarla innecesariamente —dijo ella levantándose del taburete para llevar su taza al fregadero.

Diane tuvo que guardarse su respuesta cuando fueron interrumpidas. De repente, para dar total significado a las palabras de Pamela, un cuerpo menudo y saltarín salió del pasillo y se lanzó sobre ella para abrazarla por la cintura.

—¡Mami! —gritó su hija mientras la apretaba con sus bracitos y alzaba su precioso rostro para mirarla desde abajo.

Pamela se agachó y la levantó del suelo mostrando la mayor de sus sonrisas. Después, como cada mañana, recorrió sus facciones rasgadas completamente embelesada. Anna tenía cinco años y llevaba siendo hija suya exactamente un año y medio. Anthony y ella hacía pocas semanas que se habían convertido en sus padres adoptivos cuando él murió. Y de no haber sido por ella, estaba segura de que no habría logrado salir del pozo de tristeza que había supuesto su pérdida.

—¿Qué haces despierta, arduita? Aún es temprano.

—No lo es. Es que tú llegas muy tarde, mamá —Su gesto cargado de cierto reproche redicho le provocó una sonrisa.

—Había muchos malos que atrapar esta noche, pero ya estoy en casa. Y dispuesta a disfrutar de un domingo apasionante con mi ratoncito —le aseguró dándole un toque en su diminuta nariz. Aunque cada uno de sus músculos clamaba por llegar a la cama y dormir al menos un par de horas. Eso era lo que tenía pensado hacer antes de recibir la llamada de Stephen. De no ser por él habría podido descansar lo suficiente para disfrutar de aquel domingo al completo con su hija.

—¡De eso nada! —intervino Diane—. Anna se ha comprometido a ayudarme esta mañana a hacer los pasteles que quiero llevar al albergue.

—Es verdad, la señora Dickinson necesita mi ayuda, mamá. Dice que nadie decora los pasteles con tantos colores como yo —La sonrisa orgullosa de Anna iluminó toda la habitación.

Pamela apartó un mechón de su cabello, negro como el azabache, del rostro. Y se lo colocó tras la oreja mientras contemplaba su carita ilusionada. Después miró a su vecina que le guiñó un ojo. Sin duda tenerla en su vida era una bendición.

—¿A qué me dejas, mami? —le preguntó la niña aleteando las pestañas para conseguir su permiso.

—Claro que sí —repuso dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Perfecto, pues nosotras nos vamos. Tenemos muchas hornadas que preparar. Calculo que tardaremos al menos tres horas en terminar— apuntó su vecina ofreciendo la mano a la niña que fue corriendo a cogérsela.

—Bien, pues yo descansaré un poco mientras. Después os invito a los dos a comer fuera y vamos al parque.

Tanto la señora Dickinson como Anna se despidieron enviándole dramáticos besos lanzados al aire y ella los tomó al vuelo sonriendo, hasta que salieron por la puerta. Cada día daba gracias por tener a ambas en su vida. Su hija había sido el mayor regalo que podía haberle pedido a la vida. Anthony y ella estuvieron de acuerdo desde el minuto número uno en que debían adoptar. Ella había sido una niña sin hogar, y él tenía un corazón que no había cabido en su gran pecho. Dar la oportunidad a un niño de recibir cariño, cuando carecía de esperanza, había sido su ilusión. Lamentaba que su difunto marido no hubiese podido ejercer como padre más que unas pocas semanas, pues habría sido el padre perfecto. Pero al menos Anna la tenía a ella y a la señora Dickinson que era el ángel guardián de ambas.

Vivía en la puerta de enfrente a la suya y era viuda, como ella. Salvo que el marido de Diane había fallecido hacía ocho años de un infarto. Antes de jubilarse el señor Dickinson había sido banquero y su mujer maestra. Al no tener hijos habían conseguido ahorrar lo suficiente para comprar tres apartamentos de ese edificio. Y la señora Dickinson les alquiló a Anthony y a

ella el que ocupaban, manteniéndoles una renta antigua que les había permitido ahorrar para cubrir los enormes gastos de la adopción de Anna. A su vecina no solo tenía que agradecerle ese hecho; había sido una gran amiga, la mejor canguro, y su gran apoyo cuando más la había necesitado. Se habían convertido en familia. Una reducida familia que lo significaba todo para ella.

Sí, tenía mucho por lo que dar gracias; las tenía a ellas y a su trabajo. Y eran cuanto necesitaba. No podía poner en riesgo la paz y estabilidad que había conseguido en ambos casos, por nada ni por nadie. Por eso, pensar en el mujeriego de vida alegre de Stephen Weisler era tan inapropiado, y lo último que debía hacer.

Sacudió la cabeza intentando desecharlo de la misma mientras se dirigía a su dormitorio. Unas horas de sueño y todo el domingo disfrutando de su pequeña era cuanto necesitaba para olvidarse de él.

CAPÍTULO 5

Stephen entró en la comisaría y tras preguntar por la inspectora, se dirigió a la zona de mesas en la que le habían dicho que podría encontrarla. Escaneó la sala que era bastante amplia, aunque para su gusto estaba escasamente iluminada, y la buscó entre una docena de detectives e inspectores allí presentes. No era difícil distinguirla entre sus compañeros y pronto se dio cuenta de que no estaba. Pasó entre las mesas intentando averiguar cuál sería la suya, para esperarla en ella. Vio algunas llenas de papeles, informes, resto de comida y tazas con café, antes de dar con otra pulcramente organizada. Sonrió al imaginarla allí sentada. No tenía duda de que esa era la suya. A pocos pasos vio que sobre esta tenía un marco con una foto. Su curiosidad por ver quién sería digno de tamaña exhibición de aprecio, aumentó. Y a pocos centímetros de distancia comenzó a estirar el brazo para girar el retrato antes incluso de llegar hasta la mesa.

No tuvo oportunidad de hacerlo. Como salida de la nada, cual ninja silencioso, apareció Pamela y antes de que pudiese echar mano a la foto la tomó y con rapidez la metió boca abajo en el primer cajón de su escritorio sin dejar de mirarlo inquisitivamente.

—Weisler, ¿qué haces aquí? Te dije que si necesitaba alguna cosa me

pondría en contacto contigo. —Su tono era tan frío como un tempano de hielo, pero Stephen se dio cuenta de que estaba nerviosa cuando la vio jugar con los pulgares mientras intentaba mantener su postura marcial.

—Creo que he averiguado qué buscaban en mi oficina... —dijo sentándose sin haber sido invitado.

Pamela enarcó una ceja e hizo lo mismo, tras su escritorio.

—¿Y bien? —preguntó ella abriendo el expediente del caso que tenía sobre la mesa.

—No podía dejar de pensar en qué algo no me cuadraba y volví a revisar cada estantería, cajón y archivador. Decidí cerrar el restaurante durante un par de días para poder buscar con tranquilidad, y hace una hora descubrí que solo había una cosa que no se encontraba en su sitio. —El rostro enigmático y casi excitado de Stephen era un poema.

Clavó la mirada en ella, llena de misterio. Como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

—No tengo todo el día... —dijo ella impasible.

—Ya imagino, pero esto es importante —añadió inclinándose hacia adelante acortando la distancia entre los dos.

Chocolate caliente, pensó Pamela. Tenía los ojos del mismo color que su chocolate caliente favorito. Se pasó la lengua por los labios sin querer, como si estuviese recreando el sabor del dulce líquido en su boca.

El gesto no pasó desapercibido para Stephen que fijó la atención en sus labios, inmediatamente. Pamela tragó saliva y sintió que se le aceleraba el corazón.

—¡Señor Weisler! ¿Qué hace por aquí? —La pregunta de Garret los interrumpió haciendo que ella se recolocase incómoda en el sitio y él se echase hacia atrás en la silla, desabrochándose la americana, mientras mostraba una sonrisa plenamente fingida al compañero de la inspectora.

—Dice que ha descubierto algo... —contestó Pamela por él—. Estaba a punto de revelármelo.

—Pues nos vendría genial. Estamos en punto muerto ahora mismo —apuntó Garret colocándose tras Pamela y apoyando ambas manos en el respaldo de su silla.

Stephen los miró a uno y a otro y apretó los labios. Pero ella le hizo un gesto con su mano instándolo a hablar y tuvo que dejar las elucubraciones sobre si aquellos dos estaban liados, para otro momento.

—Entre mis archivos sobre el personal, me he dado cuenta de que falta el de Ximena, mi *sous chef*.

—¿La señorita Rodríguez? —preguntó Pamela inclinándose hacia adelante y empezando a buscar entre las anotaciones de la investigación.

—¿Y qué tiene eso de importancia? —preguntó Garret.

Stephen lo miró con displicencia.

—Podría no ser nada, pero lo cierto es que tras averiguarlo la he llamado y no me ha cogido el teléfono.

—¿Y? —volvió a preguntar el compañero de la inspectora.

—Y ella siempre lo hace.

Pamela lo miró arqueando una ceja. Tal vez impresionada por el tono que había usado para explicar que siempre estaba disponible, y se apresuró a aclararlo.

—Ximena es mi mano derecha, mi segunda al mando, y un caso excepcional dentro de la profesión. Empezó a trabajar para mí hace cinco años sin previa experiencia en el mundo de la restauración. Entró como pinche, pero no tardé en darme cuenta del talento innato que tenía en la cocina. Es muy intuitiva y trabajadora. No le importa dedicar el doble de horas que los demás si eso la ayuda a aprender y progresar. Y así fue. En cinco años se ha convertido en alguien imprescindible para mí, en mi cocina.

Esta vez fue Pamela la que apretó los labios.

—No ha faltado un solo día al trabajo. Y concentrado como estaba en buscar qué podían querer esos hombres, no me di cuenta de que ella era la única que no había contestado al mensaje que envié a mi personal informándoles del cierre del restaurante durante dos días.

—¿Entonces no sabes nada de ella desde el sábado? —preguntó Pamela mientras buscaba la lista de llamadas que habían hecho esos dos días a los

empleados del restaurante para preguntarles si alguno había visto algo sospechoso tras su turno, la noche del ataque.

—No, nada —confirmó Stephen en tono apurado.

Sus palabras coincidieron con el momento en el que Pamela comprobó que la señorita Rodríguez había sido la única a la que ellos tampoco habían conseguido localizar.

—¿Sabes dónde vive? —preguntó levantándose inmediatamente de la silla.

—Sí. La he llevado un par de veces a su casa.

Pamela decidió ignorar la vocecita maquiavélica que se empeñaba en insinuarle que seguramente esos dos mantenían una relación que cruzaba los límites de lo profesional, y centrarse en que su caso de agresión y asalto parecía estar convirtiéndose en una desaparición. Y esperaba sinceramente que no se transformase en algo más grave.

—Bien, vamos a buscarla —dijo empezando a moverse en dirección a la salida.

—Espera un momento, ¿viene con nosotros? —preguntó Garret a su compañera cuando vio que Stephen iba tras ella.

—No, en realidad viene conmigo. Tú deberías quedarte para seguir llamándola y ver qué puedes averiar sobre la señorita Rodríguez; familia, amigos, entorno que nos pueda facilitar la búsqueda —le aclaró.

Garret los miró a uno y a otro alternativamente, y cuando Stephen le sonrió encantado, él frunció el ceño encogiendo la mirada.

—Está bien, si averiguo algo te lo haré saber —le gritó cuando vio que ella empezaba a marcharse de nuevo, sin esperar una respuesta.

Pamela se limitó a despedirse con la mano, y con apremio salió de la comisaría seguida de Stephen que se debatía entre la alegría de pasar más tiempo con ella, a solas, y la preocupación por su mejor empleada.

Cuando llegaron a la salida de la comisaría Stephen se detuvo en seco al ver que ella se dirigía con decisión a un coche viejo aparcado entre otros de la policía.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella al notar que ya no la seguía.

—No pienso subirme a eso —repuso señalando el vehículo con más años que algunas de las mujeres que habían pasado por su cama.

—Es mi coche —apuntó ella elevando la barbilla.

—Pobrecita... —se limitó a contestar él negando con la cabeza, y se dio la vuelta—. Verte obligada a trabajar en semejantes condiciones... —siguió negando—. ¿Cómo pretenden que persigas a los delincuentes cuando ese trasto puede desintegrarse en cualquier momento?

Pamela, totalmente alucinada, lo vio acercarse a un elegante Maserati blanco, que él abrió con su mando a distancia. Bufó al verlo rodear el

vehículo y abrirle la puerta.

—No tienes más opciones. Yo no voy a subir en esa cosa y soy el único que puede llevarte a casa de Ximena —señaló él con la más embaucadora de sus sonrisas.

Ella tomó tanto aire como pudieron guardar sus pulmones, intentando llenarse de paciencia. Y tras decidir que efectivamente no tenía muchas más opciones, fue hasta él. Paso por su lado y entró en el coche, cerciorándose de que en ningún momento sus cuerpos entrasen en contacto, a pesar del escaso espacio que Stephen le dejaba para la maniobra. Cuando se sentó en el deportivo y vio el interior imponente y exclusivo de su vehículo, lo primero que imaginó fueron las manos de su pequeña, manchadas de caramelo, pasándolas por la fastuosa tapicería de cuero rojo. Y una vez más en su cabeza tachó otra casilla de la lista de “cosas por las que Stephen Weisler es el último hombre sobre la faz de la tierra con el que entablar una relación.”

CAPÍTULO 6

—Entonces... ¿Estás muy unido a la señorita Rodríguez? —preguntó Pamela mientras se aferraba a la puerta del copiloto con fuerza. Podía decir que la conducción de Stephen era cuanto menos... deportiva.

Circulaba por las calles con agilidad y pericia, pero ella estaba acostumbrada a conducir y no le gustaba estar en manos de otra persona, depender de los reflejos de otro, y menos en un coche que doblaba la velocidad del suyo. Se estaba poniendo nerviosa y lo único que se le ocurrió a su mente, cada vez más retorcida, fue preguntar por el grado de intimidad que mantenía con su *sous chef*.

—Todo lo unido que puedes estar a una persona con la que pasas más de diez horas diarias.

—Ya veo —se limitó a contestar frunciendo el ceño. Aunque su tono había sido tan neutro que no había conseguido leer entre líneas.

—Imagino que lo mismo te pasará a ti con tu compañero. Se os ve muy compenetrados...

Pamela lo vio mirarla de reojo mientras soltaba aquella afirmación. Era evidente que él esperaba que le hiciese algún comentario sobre el tipo de relación que mantenía con Garret. Y dejó que la vocecilla maquiavélica de su

cabeza hablase por ella.

—Sí, lo estamos. Hace solo unos meses que somos compañeros, porque Garret viene trasladado desde California...

—De ahí su pinta de surfero enfundado en cuero —apuntó él y ella tuvo que apretar los labios y mirar por la ventana para contener una sonrisa. Para ser sincera, esa era la primera impresión que había tenido ella misma al verlo por primera vez.

—Bueno, Garret es mucho más que una cara bonita y un cuerpo... puff —bufó sin saber muy bien qué decir de la anatomía de este. No le parecía bien estar pensando en ello.

—Sí... sí... ya me hago una idea —volvió a interrumpir Stephen, cerniendo los dedos con fuerza en torno al volante.

—Es un hombre responsable, un compañero fiable, un gran policía, con un sentido del humor muy agudo... —Pamela puso los ojos en blanco, en este punto, escuchándose a sí misma.

—Vamos, una joyita —se pronunció él entre dientes—. Si te gustan ese tipo de hombres... —Stephen se encogió de hombros haciendo una mueca cargada de burla, que llamó la atención de Pamela.

—El tipo de hombre que a mí me gusta no es asunto tuyo, Weisler.

Él la vio cruzarse de brazos en una postura defensiva y cerrándose en banda. No había pretendido meterse con su compañero, o tal vez sí. Desde que

la vio con él no podía dejar de preguntarse si había algo más entre ellos. Pero si tenía alguna posibilidad de obtener más información, la acababa de perder. La vio allí con su gesto pétreo y mirada glacial, levantando un nuevo muro entre ellos. Y, sin embargo, le pareció más hermosa que nunca. Le habría gustado soltarle la coleta en la que llevaba recogida su preciosa melena rubia, o besar esos labios mandones y exigentes hasta ablandarlos y someterlos a su voluntad, verle las mejillas arreboladas por el deseo y hacer brillar su mirada salvaje e incendiaría. Pero como ella no se lo iba a permitir, solo podía romper el hielo hablando del único tema que ella no daría por zanjado.

—¿Crees que ha podido pasarle algo a Ximena?

Pamela leyó sincera preocupación en el tono de Stephen y contestó.

—Espero que no. No vamos a adelantar acontecimientos. Esto puede tratarse tan solo de un cúmulo de casualidades.

Él se limitó a asentir, aunque algo en su interior le decía que no se trataba solo de eso. Ximena no había faltado al trabajo ni un solo día. Era muy responsable y le extrañaba que no le hubiese llamado al menos para saber por qué cerraba el restaurante. Por otro lado, pesaba en los hombres que lo habían agredido parecían peligrosos. Él había podido defenderse gracias a su afición por el boxeo, pero ella... Solo de pensar que pudiesen haberle hecho daño... Hacía ya dos días de su desaparición, tenía que haber caído en la cuenta antes.

—Es aquí —le dijo cuando llegaron frente a una de las casitas de

madera, como otra media docena de la calle. Esta estaba pintada de amarillo pálido y blanco y su aspecto era más cuidado que el resto.

—Corona, Queens... —dijo Pamela mirando a un lado y a otro cuando salió del coche sin esperar a que Stephen le abriese la puerta, como parecía ser su costumbre—. Es un barrio animado. La congregación de latinos aquí es muy variada, no como en otras partes donde predominan de uno o dos países.

—Ximena nació en Colombia, pero tengo entendido que se crio aquí desde niña.

—Entonces, ¿vive con su familia? —preguntó Pamela mientras subían los escalones que llevaban hasta el pequeño porche de la casa. Había varias macetas con flores y todas ellas cuidadas, al igual que el césped del jardín.

—No, creo que lo hace sola. Nunca me ha hablado de su familia... salvo por una ocasión, hace dos años, que comentó que su padre había muerto.

—¿Recuerdas una conversación de hace dos años? —se giró a preguntarle mientras llamaba a la puerta.

—Tengo facilidad para recordar detalles...

Pamela encogió la mirada.

—Tengo más desarrollada la memoria asociativa —cuando vio que ella no cambiaba el gesto interrogante, prosiguió—. Recuerdo con más facilidad detalles, imágenes, sonidos, palabras... porque mi mente los asocia entre ellos. Juntos forman una historia, un conjunto más fácil de guardar en mi

mente.

—Es fascinante... —le dijo ella clavando su mirada en la de él, como si hubiese hecho un descubrimiento que realmente le cautivaba.

Durante un par de segundos permanecieron así, mirándose el uno al otro. Stephen perdiéndose en su mirada oscura, como el café. Y ella, asombraba por aquel nuevo descubrimiento. Parecía a punto de sonreírle cuando todo acabó.

—¿Están buscando a Ximena?

La voz de una mujer mayor, proveniente de la casa contigua, los sacudió del momento.

—Sí... sí, venimos a buscar a la señorita Rodríguez —Pamela fue la primera en reaccionar. Sacó su placa y se la mostró a la mujer que bajaba los escalones de su casa y entraba en el jardín de su vecina.

—Hace dos días que no está. ¿Se ha metido en algún lío? —la anciana los repasó de arriba abajo con mirada curiosa mientras se acercaba a ellos. Comenzó a subir los escalones de la entrada con dificultad y Stephen se apresuró a ofrecerle el brazo para ayudarla.

El gesto sorprendió y encantó a Pamela más de lo pudo reconocerse a sí misma antes de sonreír.

—Sra...

—Suarez. Soy la señora Suarez, joven —aclaró la anciana a Stephen totalmente embaucada con la sonrisa que este le regalaba.

—Encantado, señora. Soy Stephen Weisler, el jefe de Ximena en el restaurante.

—¡Oh! ¡Es usted ese cocinero tan famoso! Ximena lo admira mucho — dijo mirándolo con curiosidad— ¿Sabe? Creo que no hay nada más atractivo que un hombre que sabe cocinar.

Pamela apretó los labios para contener la risa. Era increíble, Weisler era capaz de seducir hasta a tiernas ancianitas.

—No se imagina cuántas mujeres opinan igual que usted —le dijo él encantado. Y la anciana amplió la sonrisa, al tiempo que Pamela veía congelar la suya. Cambió el gesto inmediatamente y decidió que era el momento de ir al grano.

—Señora Suarez, estamos buscando a Ximena. ¿Sabe dónde está? —le preguntó ella cortando el idílico momento entre la anciana y Stephen.

—La verdad es que no puedo ayudarles. Se que se marchó el domingo sobre las siete de la mañana. Yo no duermo bien, ¿saben? Estos huesos ya no aguantan muchas horas en la cama y me levanté temprano. Estaba llenándome un vaso de agua cuando la vi salir por la puerta de atrás, la de la cocina. Llevaba una mochila colgada a la espalda. Me pareció raro porque no suele salir tan temprano de casa.

—¿Y ya no la ha vuelto a ver desde entonces? —volvió a indagar Pamela.

—No, no ha vuelto por aquí.

—¿La vio marcharse sola, o acompañada?

—Iba sola. Se subió a su coche y se marchó.

—Está bien. Tendré que buscar en tráfico marca, modelo y matrícula del vehículo —dijo ella, más para sí misma, mientras sacaba su libretita y empezaba a apuntar en ella.

Stephen se la arrebató de las manos y él mismo apuntó los datos que precisaba. Pamela lo miró sorprendida.

—Muy bien, señora Suarez. Ha sido usted de muchísima ayuda —le dijo Stephen a la mujer mientras le devolvía a ella la libreta y tomaba una de las manos de la anciana. Esta volvió a sonreírle complacida.

—Lo que necesiten. Espero que Ximena esté bien. Es una gran chica, muy discreta y trabajadora. Nunca ha dado que hablar, ¿sabe? En cinco años que lleva viviendo aquí, nunca había tenido visitas, hasta que se marchó. Desde entonces son los segundos que vienen a buscarla.

Pamela que había estado a punto de bajar los escalones se giró de nuevo hacia la mujer.

—¿Han venido otras personas a buscarla después de su marcha?

—Sí, dos hombres no tan amables como ustedes. Aunque decían que también eran policías.

—¿Policías? —preguntó Pamela perpleja.

—Sí, llevaban placas parecidas a la suya. Pero esos tipos daban miedo...

Pamela se apresuró a sacar su teléfono móvil y buscando las imágenes de los retratos robots, se las mostró a la anciana que las escudriñó encogiendo la mirada.

—¿Podrían ser estos hombres?

—Sí, sin duda. Recuerdo perfectamente la cicatriz en la ceja derecha de uno de ellos. Y esa nariz enorme del otro —dijo señalando al segundo.

Pamela y Stephen se miraron el uno al otro asimilando la información. Definitivamente aquel caso se estaba complicando, y mucho.

CAPÍTULO 7

Tres días, tres largos días habían pasado y seguía sin tener noticias de Pamela. Sabía perfectamente que él no era inspector, como ella, pero podía ayudar a esclarecer ese caso. Mientras a él le habían “ordenado” volver a abrir el restaurante y seguir su rutina con normalidad, su *sous chef* seguía desaparecida. Y lo que era peor, él no recibía ningún tipo de información.

Tras descubrir que Ximena se había marchado de su casa, pensaba que ambos irían a la comisaría y que él la ayudaría a descubrir quiénes eran los hombres que iban tras ella y por qué. Pero no, la inspectora Cassidy lo despachó rápidamente aludiendo que era un asunto policía y que como civil no debía interponerse. Ante su insistencia prometió mantenerlo informado, pero llevaba tres días en la más absoluta oscuridad informativa.

Si no conociese ya un poquito a la inspectora y, sobre todo, estuviese seguro de su honradez, habría llegado a pensar que como los sospechosos podían ser policías, se lo estaba quitando de en medio.

Bufó y metió con tanta fuerza el mango en la bolsa de papel que le hizo un agujero y salió disparado por el otro lado. Volvió a bufar al tener que agacharse a por él, entre los cestos del puesto del mercado al que iba todas las semanas para comprar el producto más fresco y de mejor calidad para su

restaurante.

Le gustaba ir al mercado, era un momento relajante que estimulaba todos sus sentidos. Pero por culpa de la fría inspectora Cassidy ese día no lo estaba disfrutando en absoluto. El mango había rodado entre dos cestos y se había agachado a por él cuando unos botines de cuero negro aparecieron ante él. No tuvo que incorporarse para saber a quién pertenecían. Cogió el mango y elevó la vista para, desde su posición, admirar las largas piernas de la inspectora enfundadas en un pantalón negro de vestir. Una camisa celeste y una americana haciendo juego con el pantalón, completaban su atuendo de dura inspectora de policía. Y aunque este no podía ser más sobrio y menos excitante, cada curva que acentuaban las prendas era una delicia para él. Lo más excitante era imaginarse a sí mismo arrancándole aquella ropa severa y deshaciendo la coleta con la que recogía su melena.

El día que la conoció llevaba el cabello suelto y pudo admirar como este encuadraba su rostro dándole un aspecto salvaje. Pero parecía que pudiese leerle la mente y sabía que ese otro peinado estirado y rígido lo ponía de los nervios, porque no se lo había vuelto a soltar desde entonces.

—Buenos días —la saludó escuetamente, e ignorando su presencia cogió otra bolsa, introdujo el mango y tomó unos cuantos más.

—Buenos días —repuso ella viéndolo oler y palpar los mangos con sus grandes manos de largos dedos, antes de escogerlos para meterlos en la bolsa.

Stephen tenía una forma de cerrar los ojos, inhalar el aroma de la fruta y atraparla con la totalidad de su palma, que se le antojó erótica. Pamela parpadeó un par de veces y se acercó a él.

—Tenemos que hablar. Necesito tu ayuda —le dijo tan cerca de su hombro que pudo inhalar el olor de su jabón y su loción para el afeitado.

Stephen la miró por encima de su hombro, y con el gesto pétreo que solía dedicarle Pamela a él, dio un paso a su izquierda y se separó de ella.

—¿Así que ahora necesitas mi ayuda? —le dijo, y volvió a ignorarla tomando una bolsa nueva y empezando a buscar entre la variedad de tomates los que precisaba para su plato estrella del día.

A Pamela le sorprendió tanto su actitud indiferente que frunció el entrecejo.

—Pensé que, al ser un civil, solo podía entorpecer. “¡Mantente alejado!” Sí, creo recordar que esas fueron tus palabras —apuntó Stephen justo antes de tomar un tomate maduro, llevárselo a la boca y darle un gran mordisco.

Pamela vio como la fruta derramaba su jugo por los labios llenos de Stephen que la degustaba con placer y tragó saliva. Se maldijo a sí misma por verse afectada de una forma tan primitiva. Él tenía toda la razón le había ordenado no inmiscuirse y mantenerse alejado, pero no había sido solo por el caso. El hecho de que pudiesen estar policías implicados lo hacía más peligroso, pero además necesitaba espacio con respecto a él. Cuando Stephen

Weisler estaba a su lado una vocecita traviesa la incitaba a hacer todo aquello que ella se había prometido evitar. Como en aquel maldito momento, cuando solo podía pensar en lo rematadamente sexi que estaba comiéndose un maldito tomate. ¡Por el amor de Dios! Si es que era capaz de convertirla en una tarada mental, pensó.

Y ahora tenía que estar allí, pidiéndole que la ayudase. No se le daba bien rogar, y mucho menos cuando su mente le exigía que se mantuviese a millas de distancia de él.

—Está bien, Weisler, ¿quieres que te lo suplique?

Aquella pregunta consiguió que él se girase y la enfrentase por primera vez. Por su gesto no supo si estaba sorprendido o esperaba pacientemente que lo hiciera. Pamela apretó los labios en un rictus incómodo.

—¿Lo harías? Tengo que reconocer que pensar en tenerte a mi merced, rogándome, me produce cierto placer... —Su tono grave y seductor hizo que la piel de Pamela se erizase. Cuando volvió a sonreírle de forma canalla, el corazón le dio un vuelvo.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio? —Cambió de postura incómoda.

—¿Quién te ha dicho que bromeo? —preguntó acortando la distancia de un solo paso.

—Esto... esto... es inconcebible —dijo ella buscando la furia que

sustituyese a su acalorada excitación.

—¿Inconcebible? Vamos, inspectora... Pongamos las cartas sobre la mesa. En más de una ocasión me has imaginado a mí en una situación similar. Veo como me miras, leo el deseo en tus ojos. Y está bien... —Stephen ladeó la cabeza mientras reducía aún más el espacio y disfrutaba de la turbación de ella, cuyas mejillas encendidas eran todo un regalo para él—. Yo te deseo exactamente igual. Por eso no entiendo este juego del gato y el ratón. Somos adultos, ¿no sería más saludable eliminar toda esta tensión sexual de la ecuación, y seguir adelante?

—Yo... no... yo...

Stephen la vio a punto del colapso. La tenía a tan solo cinco centímetros. Su aliento de menta era una tentación demasiado grande, después de días, meses, deseando devorarle la boca. Ella no esperaba esa declaración de intenciones, y la verdad, ni él mismo había esperado hacerla así. Él tenía más clase que todo eso, pero una parte de él estaba harto de verla tan contenida y estirada. De esa postura tensa y su forma de alejarlo desdeñosamente. Durante un segundo el diablo que albergaba en su interior quiso romper las reglas, desafiar su mirada glacial y acabar con su pose. La prefería dándole un soberano guantazo que con aquella postura fría e indiferente. Lo que no esperaba era que entrase en una especie de cortocircuito mental. Estaba más roja que los tomates que había metido en su bolsa. Tenía la respiración agitada

hasta el punto de hacer que su pecho subiese y bajase frenéticamente. Y era evidente que una batalla se producía en su interior. Tal vez se debatía entre efectivamente abofetearlo, o besarlo. Y la sola idea de que así fuese hizo que sonriera, sin querer.

Pero cuando ella levantó una mano con el firme propósito de borrarle la sonrisa de la boca, él ya había tomado su propia decisión. Dejó caer las bolsas con la fruta, y alcanzando su rostro imprevistamente, se apoderó de aquella boca durante tanto tiempo ansiada.

La sorpresa hizo que ella lo recibiese con los labios cerrados, apretados como las puertas de acero de una cámara acorazada. No era ningún problema para él. Presionó la boca femenina con suavidad y la recorrió con deleite, despacio, sin prisas. Demorándose en cada curva, en sentir su tacto cálido y suave. No tardó en percibir que ella aflojaba la presión y exhalaba un pequeño suspiro que él volvió a atrapar, bebiéndoselo. Jugó entonces con su lengua, con sus dientes, mordisqueando a tientas el labio inferior. La descarga de deseo que le produjo su pequeña rendición lo animó a profundizar. Cuando sus lenguas se encontraron y su sabor a menta llenó sus papilas gustativas, sintió despertar el resto de sus sentidos en una explosión. La danza exploratoria de las mismas fue tan sublime que la rodeó con uno de sus brazos y la pegó a su cuerpo para que sintiese como el resto de su anatomía le daba la bienvenida. Devoró, devastó y saboreo su boca hasta que tuvo claro que aquello solo

podía ser el preludio de todo lo que quería y necesitaba de ella. No se conformaría con menos que con lo que acababa de experimentar, salvo con cada centímetro de su piel.

Pero para aumentar su tortuosa espera y habiendo fallado en su intento por castigarla, sólo había una cosa que podía hacer en ese momento en medio del mercado en el que acababan de dar todo un espectáculo, separarse de ella.

Lo hizo despacio, a tientas, dándole tiempo a salir de la nebulosa de deseo que también lo envolvía a él. Cuando ella abrió los ojos de par en par y fue consciente de lo que había sucedido, supo que no iba a librarse. Y estoicamente esperó el bofetón que sin duda merecía por su atrevimiento. Sin embargo, ella lo dejó helado al cruzarse de brazos y comenzar a hablar.

—¿Ya está? ¿Te has quedado a gusto? ¿Has dejado a un lado la tensión sexual, según tú acumulada?

Stephen parpadeó perplejo. Pamela le dedicó de nuevo una de sus miradas gélidas, lo que no hizo más que acrecentar su estupor.

—Bien, pues ahora que está todo aclarado, necesito que hablemos en un lugar menos concurrido. He descubierto algunas cosas sobre la señorita Rodríguez que sin duda van a sorprenderte. Y creo que me puedes ayudar.

Stephen aún sin poder creer que ella reaccionase tan impávidamente, después del increíble beso que acababan de compartir, se limitó a asentir como un autómatas. Cuando ella con una mano lo invitó a comenzar a caminar

para salir de allí, él obedeció sin entender qué había pasado.

En cuanto Pamela vio que él empezaba a caminar delante de ella, y ya no podía verla, se aferró a uno de los postes que sujetaban la lona del puesto de fruta y verdura. La cabeza le daba vueltas, el corazón iba a salirse del pecho y no encontraba aire que respirar. Él acababa de devastar su boca como nadie lo había hecho antes. Y las miles de sensaciones salvajes, primitivas y excitantes que la recorrieron habían estado a punto de consumirla. No sabía de dónde había sacado las fuerzas para impedir que él averiguase lo mucho que la había afectado. Aparentemente había salido del aprieto, pero en su interior sentía como el enorme muro que había erigido entre los dos, se resquebrajaba segundo a segundo, y sin remedio.

CAPITULO 8

—¿Protección de testigos? —preguntó Stephen perplejo.

Pamela había decidido llevarlo a una cafetería a la que solía ir con frecuencia, para que pudiesen charlar fuera de la comisaría y, aunque no solía tener mucha clientela, miró a un lado y a otro consciente de que si él elevaba la voz podrían oírlos.

—¿Puedes bajar el tono? —le dijo en un susurro apretando los dientes.

Stephen recorrió el local con la mirada y vio que una mesa cercana dos chicas los miraban con curiosidad. Las saludó con la mano brindándoles una de sus sonrisas y ellas respondieron con el mismo gesto, seducidas. Dejó de mirarlas cuando el resoplido de Pamela llamó su atención.

—Está bien, seré discreto. Pero es que me cuesta creer lo que dices, parece sacado de una película...

—Lo sé, pero el otro día cuando fuimos a casa de la señorita Rodríguez me llamó la atención que su vecina nos contara que lleva cinco años viviendo allí, el mismo tiempo que hace que trabaja para ti. También nos dijo que no tenía visitas ni le conocía amigos. Me pareció muy extraño siendo tan joven. Investigué un poco más y descubrí que antes del 2013 no hay nada sobre ella. Ni número de la seguridad social, ni carnet de conducir, multas, certificados

de nacimiento... Nada, como si no hubiese existido. Y entonces me pregunté, ¿Y si realmente hubiese sido así? ¿Y si Ximena Rodríguez es una nueva identidad?

Él, que había estado escuchando todo su apasionado discurso, se quedó sin palabras. Nunca la había visto así, imbuida en la energía de desentrañar un caso. Estaba claro que su trabajo le fascinaba y era asombroso verla en ese estado.

—Pero eso es... Bueno... supongo que es posible. Solo la he visto interesada en la cocina. Siempre ha sido muy discreta. No le gusta hablar de ella, ni de amigos, ni familia...

—Pero sí te dijo que su padre había muerto...

—Es cierto. Yo hacía un comentario sobre el fallecimiento de mis padres y ella me comentó que el suyo también había muerto. Inmediatamente pareció arrepentida de nombrarlo. Estaba triste y no quise indagar más para no incomodarla.

—Tiene sentido. Las personas que adoptan una nueva identidad deben olvidar su vida anterior, incluso a sus familias.

—Entonces, ¿crees que ella desapareció buscando una nueva identidad, o que entró en un programa de protección de testigos?

—Tenía dudas sobre ambas posibilidades, hasta que decidí atar algunos cabos más. Hice una búsqueda en personas desaparecidas de hace cinco años,

confrontando los pocos datos que tenemos sobre ella; la nacionalidad colombiana, su edad, su descripción, los años que lleva desaparecida y la muerte de su padre. Y después de descartar a cinco chicas más, por diversos motivos, tengo una coincidencia.

—¡Estupendo!

—No del todo. El expediente no consta de fotografías. Necesito hacer una prueba de ADN o cotejar sus huellas dactilares. He buscado en su casa, pero está todo sorprendentemente limpio. No he conseguido muestras que comparar.

—¿Y crees que yo puedo ayudarte dándote acceso a su puesto en el restaurante?

Los ojos de Pamela brillaron.

—Sí. Tengo entendido que los cocineros sois muy cuidadosos con vuestro material. Que cada uno tiene un juego de cuchillos propio y exclusivo. Puede que Ximena los limpiase o se los llevase a casa, pero mi última esperanza es que no le diera tiempo, al marcharse precipitadamente.

—Antes de decirte que sí... dime, ¿quién crees que es? ¿De quién está huyendo? ¿Por qué la buscan unos policías? ¿Y qué pasará con ella si la encuentras?

Pamela clavó la mirada en Stephen, con intensidad. Había evitado hacerlo desde que él la había besado, pero necesitaba que entendiese la

urgencia e importancia de su ayuda. Y, sobre todo, lo mucho que se jugaba al compartir información confidencial con un civil.

—Prométeme que no contarás a nadie lo que estoy a punto de revelarte.

—Puedes confiar en mí. Jamás pondría en peligro tu carrera, ni la vida de Ximena. Solo quiero saber qué está pasando.

Por alguna extraña razón, o tal vez porque cuando Stephen ayudó a su hermana, pudo ver su parte protectora, supo que podía confiar en él. Asintió, se echó hacia delante en el asiento y tomó aire antes de compartir cada una de sus sospechas.

—Hace poco más de cinco años el mejor falsificador de dinero del mundo, Ernesto Rodríguez, fue asesinado por la banda colombiana para la que trabajaba. Esta banda está dirigida por una mujer; Karla Rojas. Aparentemente es una gran mecenas y coleccionista de arte, pero lo que su entorno no sabe es que se dedica al blanqueo de dinero. El FBI comenzó a sospechar hace unos años que la señorita Rojas además de dedicarse al blanqueo, utilizaba las transacciones e inversiones de sus clientes para introducir moneda falsa en el país.

Stephen, que se estaba quedando alucinado, se inclinó hacia adelante y apoyó ambos brazos en la mesa para escucharla con atención. Lo que hizo que ambos estuviesen a unos pocos centímetros de distancia.

—Mi teoría es que Rojas averiguó que Ernesto Rodríguez, el padre de

Ximena, estaba haciendo un trato con el FBI para que testificara contra ella y detenerla por todos sus delitos, y lo mató.

—Y Ximena, ¿cómo encaja en todo esto?

—No lo sé con seguridad. No sé si fue testigo de la muerte de su padre, o si sabía demasiado de los trapicheos de Rojas... La cosa es que tras la muerte del señor Rodríguez ella desapareció. Si hubiese llegado a entrar en el programa de protección significaría que testificó contra Rojas, pero esta está libre. Lo que me lleva a pensar que Ximena se vio en peligro y decidió huir por su cuenta.

Stephen se pasó la mano por la barbilla intentando procesar la información.

—A ver, tengo dos dudas. Si Ximena no se llama realmente así, y estaba buscando una nueva identidad, por qué eligió mantener su apellido.

Pamela le sonrió al darse cuenta de su perspicacia.

—Suele pasar. Muchas veces la mejor forma de adaptarse a una nueva vida es dejando algo real en ella. Cambió el nombre de pila manteniendo el apellido, evita confusiones. Seguramente el nombre que eligió fuera familiar para ella en su vida anterior.

Stephen asintió, entendiendo.

—Y los hombres que la buscan, los que me agredieron, ¿son realmente policías? —preguntó finalmente.

—Me temo que sí. Gracias al retrato robot los hemos identificado como agentes del FBI. Solo se me ocurre que sean corruptos y trabajen para la banda. Garret está investigándolos en este momento. Tenemos que saber a qué nos enfrentamos.

En cuanto Stephen escuchó el nombre del compañero de Pamela torció el gesto.

Tras su impasividad después de besarla, tenía más claro que nunca que entre los dos debía haber una relación. Era la explicación más lógica a su rechazo. Jamás se había equivocado tanto traduciendo las señales de una mujer. Había estado seguro de la química entre ellos, pero si tenía pareja... era evidente que la atracción no era recíproca. Estuvo a punto de bufar su frustración, pero finalmente decidió preguntar:

—¿Y confías en él? Lleváis poco tiempo siendo compañeros...

—Sí, confío —aseguró ella sin ningún tipo de vacilación—. Ya te dije que es un gran policía.

—Sin duda es un tipo con suerte.

Pamela enarcó una ceja preguntándose a qué se refería.

—Es digno de tu confianza y de tu...

Las palabras de Stephen quedaron en el aire cuando lo vio entrar.

Pamela que percibió el cambio en el gesto de Stephen siguió la dirección en la que miraba y vio que Garret acababa de llegar. No entendía

esa nueva actitud suya, pero sin duda que su compañero hubiese llegado era una tabla de salvación para ella. Estaba acostumbrada a mantener su postura más impasible, a no dejar que nadie penetrase en su coraza, pero cuanto más tiempo pasaba con Stephen, más débil se sentía. Y mucho más desde el beso que habían compartido. Su mente estaba centrada en el caso de desaparición de la señorita Rodríguez, pero su corazón latía al galope cada vez que sus ojos se desviaban a los labios del hombre que acababa de hacer despertar todo su cuerpo y anhelos más celosamente guardados.

—Cassidy, Weisler... —los saludó el recién llegado y se sentó con ellos a la mesa.

Stephen se limitó a devolverle el saludo con un gesto de su cabeza. Y mientras el inspector Clayton, con su sonrisa aniñada y cabello despeinado, alzaba la mano para pedir a la camarera que se acercara, se preguntó que vería Pamela en él. No parecía el tipo de mujer que se dejaba impresionar por esa pose de malote. Pero ya se había equivocado tanto con ella que no tenía que sorprenderse. Lo que estaba claro era que sabiendo que había algo entre los dos, no pensaba acercarse a ella, nunca más.

—Acabo de poner al tanto a Stephen de nuestras sospechas. ¿Tú has averiguado algo más sobre esos tipos? —preguntó Pamela a su compañero.

—No mucho, estoy a la espera de que me llame un antiguo contacto de California que trabaja para el FBI.

—Perfecto, pues entonces lo mejor será que vayamos a mi restaurante y veáis el puesto de Ximena —dijo Stephen levantándose de la silla de repente. Lo último que le apetecía era estar con la parejita. Cuanto antes zanjasen ese tema, mejor.

Garret y Pamela lo miraron sorprendidos. Pero mientras ella se levantó rápidamente para seguirlo, su compañero se quedó sentado con el ceño fruncido.

—¡Ey! ¡No me habéis dejado ni tomar un puñetero café! —protestó levantándose finalmente, al ver que no lo esperaban.

—¿Un café? ¿Desde cuándo bebes tú café? ¿Qué ha pasado con tu asquerosa infusión? —preguntó Pamela mientras salían del establecimiento.

—Hoy he discutido con Andy y no ha querido hacérmela —repuso este con gesto molesto.

—¿Qué le has hecho esta vez? —preguntó Pamela elevando una ceja.

Stephen se detuvo a esperarlos, interesado repentinamente en su conversación.

—No le he hecho nada. Es que es demasiado... sensible.

—Apuesto a que sí... —dijo ella sonriendo viendo como su compañero, enfadado, apretaba el paso hacia su coche.

Tras los primeros segundos de consternación, admirando la sonrisa de Pamela, Stephen reaccionó e intentó indagar sobre lo que había escuchado.

—¿Andy es su compañera de piso? —preguntó en tono casual, disimulando la ansiedad que le provocaba conocer la respuesta.

—Si por compañera de piso entiendes a un tipo de casi dos metros, nadador profesional y con unos muslos como mi cabeza, sí, así es.

—Oh... —dijo Stephen con decepción viendo hacerse añicos sus esperanzas.

—Pero no pasa nada. Discuten todas las semanas, forma parte de la dinámica de su relación.

—¿Su relación? —preguntó conteniendo el aliento.

—Sí, su relación. Llevan casados menos de un año. Aún están en la fase de adaptación. Nada que una cena romántica, una botella de vino y un poco más de tiempo juntos, no puedan arreglar.

Pamela soltó su receta para una buena reconciliación, del tirón. Y cada palabra quedó grabada a fuego en la mente de Stephen que sintió como sus músculos faciales empezaban a dibujar una sonrisa. Sobre todo, al descubrir que el hombre que creía que le había robado cualquier posibilidad de conquistar a Pamela, no solo era gay, sino que estaba fuera del mercado.

CAPÍTULO 9

Las risas de Anna hicieron que dejara de mirar la pantalla y se centrara nuevamente en ella. La verdad es que lo hacía tan a menudo que no había visto ni media película. Le encantaba su risa, era cantarina y contagiosa. Tan alegre que simplemente oírle le arrancaba una sonrisa. A ella le habría encantado poder reír como su pequeña, liberar la tensión y dejar que saliese, pero no era capaz de hacerlo. Solo se sentía realmente feliz cuando la oía reír a ella de esa manera. Si Anna era feliz, todo estaba bien. Su trabajo podía ser un caos, su vida personal inexistente, pero si su niña era feliz no había nada de lo que preocuparse.

Le pasó la mano por el pelo y Anna se giró a mirarla con la boca llena de palomitas. Su rostro dulce, sus ojos rasgados y esa boquita con forma de corazón la hacían parecer una muñequita.

—¿Qué pasa? —le preguntó sin haber terminado de tragar.

—Te has comido todas las palomitas no me has dejado ni unas pocas. Eres un bicho, conejito —le dijo con una mueca en los labios, tras mirar el envase de cartón vacío. Lo colocó boca abajo para que viese que no quedaba ni una. Y solo un par de granos de maíz, solitarios y sin explotar, cayeron sobre sus piernas.

Anna volvió a reír sin contención y sus amigas las miraron con curiosidad. Cuando les susurró algo al oído, estas rompieron a reír con ella y el acomodador se acercó a ordenarles guardar silencio. Anna tenía dos mejores amigas. Ambas gemelas y de su misma clase. Por suerte vivían en la misma manzana, a un par de números de distancia, lo que hacía que se vieses con frecuencia. Y entre sus citas estaba instaurada esa del cine. Una vez al mes Jessica la madre de Kriss y Kat, y ella, llevaban a las niñas a ver alguna de las películas infantiles que proyectaban en el cine del barrio. Después solían ir a cenar, tomar un helado, o dar una vuelta. Ella había tenido una infancia bastante solitaria y le encantaba ver que no era el caso de su hija que, a pesar de haber perdido a Anthony, tenía a sus amiguitas, a Diane y a ella.

—Mami, ¿te pasa algo? —le preguntó Anna poniendo la manita sobre la suya.

No se había dado cuenta y los pensamientos la habían llevado a quedarse con la mirada perdida y gesto triste. Al momento cambió el semblante por uno mucho más alegre y tomando la mano de su hija, la besó.

—Nada en absoluto. Voy a ir a comprar otro y lo mantendré alejado de ti, gatita.

Anna volvió a reír y ella la besó en la frente. Le hizo señales a Jessica para avisarla de que salía un momento de la sala, y se dirigió fuera para comprar nuevas provisiones. Acababa de pedir las palomitas, una botella de

agua y cinco piruletas con forma de corazón, cuando sintió a alguien colocarse tras ella en la cola. Algo la hizo darse la vuelta a mirar, y casi se desmaya de la impresión al ver que se trataba de Stephen. El día anterior se despidieron tras entregarles los cuchillos de Ximena, que por suerte estaban en su puesto, y no esperaba verlo hasta que tuviese los resultados de las pruebas que tenían que realizarles para analizarlos. Por lo que había dado por sentado que disfrutaría unos días de tranquilidad. Sin embargo, ahí estaba.

—Hola... —le dijo él con una deslumbrante sonrisa.

—¿Qué diablos haces aquí, Weisler? —le preguntó entornando la mirada.

Aquel cine estaba muy lejos de la zona en la que vivía él. No tenía ningún sentido encontrarlo allí, por casualidad.

—He venido a verte. Quería hablar contigo y pedirte disculpas.

Pamela dio un paso atrás cuando vio que él lo daba hacia delante, y chocó contra el mostrador.

—Señora, aquí tiene su pedido —los interrumpió la chica que la estaba atendiendo. Pamela se dio la vuelta, más nerviosa de lo que quería reconocerse a sí misma, y forzando una sonrisa pagó su pedido. Después tomó todas las cosas, llenándose las manos, y se apartó para que el siguiente cliente pudiese ser atendido.

—¿Qué disculpas? ¿Y cómo me has encontrado? —preguntó estupefacta

mirándolo de arriba abajo. Craso error, al hacerlo pudo comprobar lo bien que le sentaban los vaqueros, la camiseta negra y la cazadora de cuero. Sacudió la cabeza mentalmente para volver a centrarse en su rostro y esperar una explicación.

—Por el beso... —empezó él y Pamela sintió que sus mejillas comenzaban a arder sin control. Jamás lo reconocería, pero hacía dos días que no era capaz de pensar en otra cosa. Hasta en la ducha se había visto a sí misma rememorándolo, tocándose los labios y gimiendo al recordar el placer que él le había proporcionado tan solo con su lengua.

Levantó una mano para detenerlo.

—No digas más. No es necesario. Es mejor hacer como que no pasó nada.

—No puedo hacer eso, porque ocurrió. Y no consigo quitármelo de la cabeza...

Ella tragó saliva. Su tono grave y su forma de mirarla, con una intimidad e intensidad tales que parecía que la estaba acariciando, empezaban a despertar de nuevo su cuerpo tanto tiempo adormecido. Él había dicho que no conseguía borrarlo de su mente, al igual que ella, y eso no era bueno. Se obligó a centrarse en la conversación y dejar de divagar.

—Mira, Weisler, ahora no puedo hablar. Me están esperando... —dijo señalando con la cabeza la puerta de la sala.

Stephen encogió la mirada al ver el cartel de la película que proyectaban en la sala en la que ella iba a entrar.

—¿Te gustan las películas de dibujos? —preguntó sonriendo.

—Mm... Sí, mucho. ¿Por qué? ¿Eres de esas personas que opinan que son solo para niños? —dijo a la defensiva elevando la barbilla.

Stephen levantó ambas manos en señal de rendición.

—En absoluto. Yo también tenía ganas de ver esta. De hecho, creo que voy a entrar ahora mismo.

—¡No! —dijo ella rápidamente, colocándose delante de él para impedirselo.

—¿No? —preguntó Stephen elevando una ceja, divertido.

Pamela se dio cuenta de que su actitud era altamente sospechosa, e intentó suavizar el tono y no parecer tan angustiada.

—No, está muy avanzada ya. Si no la ves desde el principio te pierdes con la trama.

—¿En una peli sobre animales en una granja? Creo que me hago una idea de lo que han estado haciendo hasta ahora. Me arriesgaré —aseguró él haciendo un nuevo intento por aproximarse a la puerta.

—De acuerdo, espera. Dime, ¿qué es lo que has venido a hacer en realidad? —preguntó resoplando, resignada.

—Ya te lo dicho, necesito hablar contigo. Si cenas conmigo esta noche,

te prometo que no te arrepentirás y no volveré a molestarte nunca más.

Una parte de ella gritó en ese momento que no quería que él desapareciese, pero la otra mucho más juiciosa se impuso con absoluta claridad. Necesitaba recuperar su vida, su autocontrol y no podía hacerlo con él cerca. Además, quería alejarlo de Anna. Necesitaba que se marchase de allí cuanto antes. Y sorprendentemente se vio a sí misma afirmando con la cabeza.

—Está bien. Nos vemos en un par de horas.

Stephen sonrió tan abiertamente que ella sintió como se arrepentía a la misma velocidad.

—Te recojo a las ocho entonces —le dijo él comenzando a marcharse.

—¿Me recoges? No sabes dónde vivo... —intervino ella elevando la voz, pues su larga zancada lo había llevado ya hasta la puerta.

—Tranquila, inspectora, yo también sé investigar —repuso antes de marcharse dejándola petrificada en el sitio.

Pamela soltó el aire con pesar al verlo desaparecer. ¡Maldita sea! ¿Acababa de aceptar una cita con Stephen Weisler, e iba a recogerla en su casa? El corazón empezó a latirle desbocado en el pecho hasta hacer que se marease. Por suerte Anna no iba a estar en casa. Esa noche sus amigas hacían una fiesta de pijamas y su hija era la invitada de honor. Pero, aun así, que estuviese tan cerca de su hogar, de su refugio, era demasiado para ella.

Apretó los dientes antes de abrir la puerta de la sala, para volver a la

película. Sólo una persona podía haberle dicho dónde estaba esa tarde y dónde vivía; Garret. E iba a despellejarlo vivo en cuanto le pusiese las manos encima.

CAPÍTULO 10

—¿Me has vendido por una cena? —preguntó Pamela furiosa caminando al mismo ritmo que el frenético latido de su corazón.

Acababa de despedirse de Anna en casa de sus amiguitas e iba caminando los doscientos metros que la separaban de la suya, teléfono en mano y reprochando a Garret que hubiese compartido con Stephen información privada sobre su vida.

—No es por una cena cualquiera. Nos ha dado a Andy y a mí la mejor mesa de su restaurante. Esto me va a proporcionar paz conyugal durante meses... Es un gran tipo este Weisler.

Pamela apretó los dientes y gruñó.

—Además, no te pongas tan escrupulosa. Quedar con un ex no es nada del otro mundo.

—¡Qué no es mi ex! ¿Es que no lo entiendes? —le gritó a falta de poder estrangularlo.

—Si no es tu ex, deberías tirártelo. Ya estoy harto de ver cómo os miráis el uno al otro cada vez que estáis juntos. Demasiada tensión sexual no resuelta...

Ante aquel último comentario, idéntico al que le soltó Stephen antes de

besarla, Pamela no pudo más que colgar la llamada. Se encargaría de su compañero el lunes, pero acababa de llegar al portal del edificio en el que se encontraba su apartamento y el Maserati de Stephen estaba allí aparcado. La carrera desenfrenada de su corazón se detuvo en seco al ver que él no estaba en el vehículo. ¿Dónde demonios se había metido? ¿Y por qué era tan irritantemente puntual? Aún faltaban cinco minutos para la hora. De hecho, había esperado que llegase con retraso y le diera la oportunidad de arreglarse un poco. No es que pensase que aquella era una cita de verdad, pero él iba siempre muy arreglado. Estaba segura de que iba a sitios tan exclusivos como su restaurante. ¡Por el amor de Dios, conducía ese coche suyo que parecía un anuncio de testosterona! No pensaba ir con él a ningún sitio y quedar fuera de lugar. No iba a pasar por ese trago. Ella no se parecía en nada a las mujeres con las que él debía salir, pero tenía orgullo.

Llegó hasta la segunda planta, donde estaba su apartamento, esperando que él hubiese ido a comprar algo a una tienda cercana, cuando escuchó risas provenientes de la casa de Diane. Se acercó a la puerta llevada por la curiosidad. La señora Dickinson tenía una vida social muy activa porque iba a la congregación, a actos de la iglesia, a hacer de voluntaria para actividades del albergue, y multitud de cosas más que no la dejaban libre ni un minuto, pero nunca en su casa. Se quedó de piedra al comprobar que una de las risas era la de Stephen.

—¡Pamela! ¡Ya estás aquí! —exclamó su vecina con entusiasmo abriendo de improviso.

Ella que había pegado tanto como pudo la oreja a la madera, vio como perdía el equilibrio y se precipitaba dentro de la casa de la señora Dickinson hasta caer de bruces sobre el duro pecho de Stephen, soltando un gritito ridículo producto de la sorpresa.

—¡Oh, cielo! ¿Te has tropezado? —le preguntó su amiga.

—Sí... Este suelo me da la sensación de que se está combando... —La excusa era tan patética que sintió sus mejillas arder. Aún más cuando el inmenso pecho de Stephen vibró bajo las palmas de sus manos.

Elevó el rostro y lo vio reír, divertido. Con el poco orgullo que le quedaba se soltó de su agarre y se enderezó para recuperar la compostura.

—Weisler..., ¿qué haces aquí? —lo interrogó con una sonrisa tan tensa que creyó que se le dormirían las mejillas.

—Pues disfrutar de una maravillosa coincidencia. He llegado hace diez minutos y cuando llamaba a tu timbre la señora Dickinson...

—Por favor, llámame Diane. Ya hay confianza —dijo la aludida con una sonrisa encantada.

Pamela sintió palidecer. ¿Qué confianza? ¡Habían hablado diez minutos y ya se había apropiado de su mejor amiga, de su ángel de la guarda!

—Por supuesto —repuso él con una de sus sonrisas seductoras —. He

coincido con Diane que bajaba a sacar la basura. Al preguntarle por ti me ha dicho que no tardarías en llegar y me ha invitado a probar uno de sus deliciosos pasteles mientras te esperaba. Tengo que decir que no solo he disfrutado de su deliciosa repostería, también lo he hecho de la conversación.

—Que repetiremos cuando quieras —apuntó la anciana.

Pamela quería que se la tragase la tierra, y su gesto pavoroso tuvo que llamar la atención de ambos porque la miraron con preocupación.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Stephen—. Te has quedado pálida.

—Estoy segura de que solo necesita salir y que le dé el aire. Se lo digo cada día, no sé puede dedicar tanto tiempo al trabajo y nada para el disfrute —apuntó Diane.

—Yo disfruto de mi trabajo —se vio obligada a defenderse entre dientes.

—Tonterías, aprovecha tu noche libre y pásalo bien —le dijo empujándola ligeramente hacia la salida.

—Pero tengo que cambiarme... —indicó mirando su atuendo.

—No es necesario, vas perfecta —aseguró Stephen repasándola de arriba abajo.

Pamela terminó por salir al pasillo, mientras enarcaba una ceja. Para ir al cine con las chicas se había puesto un vaquero azul, una camiseta blanca, los botines negros de tacón y una americana negra de sport. Dudaba mucho que

estuviese lo suficientemente arreglada. Pero ante la insistencia de Stephen que, tras ella la instaba a proseguir posando una mano en su espalda, se limitó a caminar dejando de pensar en lo que llevaba puesto para centrarse en los estragos que aquel pequeño contacto estaba causando en su sistema nervioso. Y su mente dejó de funcionar.

Hora y media más tarde, Pamela podía decir bien alto que él la había sorprendido. No solo no la había llevado a un carísimo restaurante, sino que estaban cenando en un banco de la calle. Primero tomaron uno de los mejores perritos calientes que había probado jamás, de un puesto ambulante. Y en ese momento degustaban sendos gofres cubiertos de chocolate y nata, sobre platos de cartón y con cubiertos de plástico.

—Weisler, tengo que reconocer que sabes sorprender a una mujer —dijo justo antes de tomar con su tenedor un pedazo de gofre, previamente cortado en cuadros perfectos, y llevárselo a la boca. Intentando no mancharse de chocolate y nata, lo vio sonreír. Algo pésimo para su sistema nervioso.

—No me gusta ser previsible —dijo él, demasiado concentrado en mirarle los labios.

—Puedes estar tranquilo, no lo eres. Cuando me has invitado a cenar estaba segura de que querrías alardear de elegancia y buen gusto llevándome a algún sitio caro y ostentoso.

—No lo voy a negar, ese tipo de sitio también me gusta, siempre que se sirva buena comida. Pero ya como en restaurantes y hoteles de lujo cuando estoy trabajando o voy a algún evento al que soy invitado. El resto del tiempo soy un tipo normal.

Pamela no pudo evitar dibujar una sonrisa escéptica.

—¿Por qué te ríes? Y no es que me queje, tienes una sonrisa preciosa y en escasas ocasiones me la dedicas a mí.

Pamela cambió el gesto de repente a uno más serio y nervioso. Bajó la mirada, dejó el tenedor en su base de cartón sobre el banco y se limpió las manos con una servilleta de papel.

—Sabes que no eres un hombre normal. De hecho, ese es el problema.

—¿Que no soy un hombre normal?

—No, que lo tienes muy asumido. No sé a qué viene todo esto —dijo ella señalándolos a los dos alternativamente—. Por qué querías cenar conmigo o por qué me besaste el otro día, pero no está bien. Somos de mundos diferentes, con vidas diferentes que no casarán jamás.

—Estás muy segura de todo... —dijo él volviendo a mirarla a los labios, lo que hizo que ella tragase saliva. Segura, segura, no era como se sentía en ese momento. Más bien como un filete al alcance de un lobo —, pero te equivocas en todo.

Aquella última afirmación hizo que Pamela abriera los ojos y la boca

para contestar, pero Stephen no la dejó.

—En primer lugar, no sabes nada de mí, salvo la fachada que dejo que vea todo el mundo. Me muevo en un entorno lleno de apariencia, cuando trabajo. Y sí, me gusta disfrutar de los frutos, el prestigio y los beneficios que me proporciona ser uno de los mejores en lo mío. Pero lo que se ve, no es todo lo que hay.

Stephen, sorprendiéndola por completo, elevó una mano y le apartó un mechón de cabello que la brisa había colocado sobre su mejilla. El contacto fue ligero, pero tan íntimo que cambió el ritmo de su latido.

—Solo hay una persona que me conoce de verdad, mi hermana.

—Apuesto a que ella puede contar historias buenas sobre ti —dijo volviendo a sonreír, esta vez nerviosa. Y Stephen rio con ella.

—No sé si buenas o malas, pero sin duda, sí interesantes —aseguró él ladeando la cabeza. Clavó la mirada en ella y Pamela se la sostuvo, hipnotizada. Durante largos segundos se perdieron el uno en el otro, y cuando Pamela estaba segura de que él avanzaría y la besaría, en lugar de eso se apartó y se puso en pie.

—Me apetece patinar —anunció Stephen, como si tal cosa. Mientras ella se consumía por dentro.

—¿Patinar? —preguntó parpadeando un par de veces.

—¡Claro! ¿Por qué crees que te he traído a Rockefeller Center? Tengo

los patines en el maletero, vamos a por ellos —Y sin esperar un segundo más, él comenzó a caminar y ella lo siguió, perpleja.

Cuando Stephen la dejó dos horas más tarde en la puerta de su casa, Pamela seguía riendo.

—Eres malísimo patinando —le dijo bajando del coche.

—No es cierto —se defendió él.

—¡Te has pasado más tiempo sentado en el hielo que sobre los patines!

—Las risas de Pamela eran música para los oídos de Stephen.

—Eso formaba parte de mi plan —dijo él acompañándola al portal.

—¡Puf! ¿Qué plan? ¿El de terminar con el trasero congelado? —apuntó ella apoyándose en la puerta.

—No, él de conseguir que tuviese que agarrarme todo el tiempo.

La risa de Pamela quedó congelada en sus labios, aún más cuando él apoyó una mano sobre su cabeza y se inclinó sobre ella, peligrosamente. Posó una mano sobre su pecho para detener su avance.

—Eres un diablo. Lo tienes todo tan estudiado...

Stephen encogió la mirada.

—Sí... esa mirada tuya, la forma de sonreír... Sabes cómo encandilar a las mujeres, que se sientan especiales, cautivarlas...

—¿Es lo que hago contigo? —preguntó él acercándose más.

—Es lo que podrías hacer conmigo si me dejase llevar. Si no tuviese en cuenta que no eres bueno para mí.

—¿Por qué? ¿Crees que podría hacerte daño o que te gustaría demasiado? —Stephen acabó con la distancia entre los dos, pero en lugar de besarla en los labios, apartó su cabello y la besó en el cuello. El gesto hizo que hasta el último poro de la piel de Pamela se erizase. El deseo se anidó en su vientre de forma alarmante.

—Ambas cosas —contestó en un susurro ahogado.

—Solo te prometo que cumpliré una de las dos —dijo él con una sonrisa granuja. Y esta vez la besó en la mandíbula.

Pamela contuvo el aliento, pero no consiguió detener el frenético latido de su corazón, bombeando con fuerza. Y Stephen se acercó tanto a ella que compartieron el aliento. Las puntas de sus narices se tocaron y ambos se miraron a los labios.

Pamela se mantuvo estática, solo su pecho acelerado subía y bajaba producto de la excitación. Pero él se aproximó a su boca deteniéndose a un centímetro de distancia. Lo justo para sentir el calor de sus labios, pero con la agonía de no ser poseída por ellos. Cuando por fin él decidió apoderarse de su boca, estaba tan excitada que lo recibió con anhelo. Sus lenguas no tardaron en encontrarse y reconocerse. Stephen la apretó contra la puerta y ella enredó los dedos en su cabello oscuro, urgiéndolo a devastarla sin piedad. Ya no podía

pensar ni resistirse, solo quería sentir, saborearlo, perder la cabeza. Se sentía más enfebrecida que nunca, como si estuviese a punto de combustionar. El calor arrasó su cuerpo y su sexo comenzó a latir buscando atención. La sensación fue tan alarmantemente desconocida para ella que antes de dejarse arrastrar se separó abruptamente de él.

—No... no puedo hacerlo —le dijo en un tono tan grave y afectado que no pudo reconocer ni su propia voz.

—Lo entiendo —dijo él a pesar de que su mirada estaba envuelta en las llamas del deseo que la consumía a ella.

—No, no lo entiendes. Mi vida es muy complicada y yo no soy de esas mujeres que tienen relaciones casuales.

—Lo sé. Eres una mujer responsable, seria, sensata... Una buena madre. Los ojos de Pamela se abrieron de par en par. A la vez que sus labios.

—¡Maldito Garret! —escupió enfadada.

—Él no me ha dicho nada —dijo Stephen sonriendo.

—¿Diane...? —preguntó sin poder creerlo.

—Por supuesto que no. Esa mujer te adora y mataría al que quisiera acercarse a ti con oscuras intenciones. Es lo primero que me ha dejado claro al invitarme a probar su repostería.

Aquel comentario dibujó una pequeña sonrisa en los labios de Pamela.

—Entonces, ¿cómo lo has sabido? No oculto a mi hija, simplemente...

—La protegías. Lo entiendo. Sé lo que es sentir la necesidad de proteger y cuidar a los que más quieres, por encima de todo.

Pamela bajó la cabeza y Stephen tomándola de la barbilla se la levantó.

—Pero no fue difícil adivinarlo, solo había que fijarse lo suficiente. Del retrovisor de tu coche cuelga un adorno hecho de macarrones pintados de colores, la otra mañana en el mercado llevabas purpurina rosa en la solapa de la americana, esta tarde estabas viendo una película de dibujos animados, y cortas la comida en cuadraditos diminutos como solo estaría acostumbrada a hacer una madre para sus hijos.

—Cuando Pamela abrió la boca, atónita, él le aclaró:

—Aún recuerdo cuando mi madre me lo hacía a mí. Me encantaban esos detalles, seguro que a tu hija también.

—Pues sí... creo que sí le gustan... —contestó sin poderse creer aún que se hubiese fijado tanto en ella—. Pero si sabes que soy madre y me alejo radicalmente del tipo de mujer con el que sueles salir, ¿qué haces aquí?

—Seguro que no me crees, pero quiero conocerte. Me gustas —confesó él dando un paso atrás y metiendo las manos en los bolsillos. Stephen sabía que era la única forma de evitar volver a besarla— Tienes razón, no te pareces a las mujeres con las que suelo salir, y eso es fantástico. Me fascina tu mente; eres rápida, ingeniosa, inteligente y rematadamente sexi. ¿Cómo no iba a querer conocerte más?

Pamela se mordió los labios sin saber qué decir.

—La pregunta es... —comenzó a decir él enlazando la mirada con la suya—, ¿quieres conocerme tú a mí?

CAPÍTULO 11

Stephen dejó su taza de café sobre la mesita y contempló a su hermana mientras esta hablaba con su prometido, por teléfono. Nunca la había visto tan feliz y eso le hacía descansar en paz. Desde que murieron sus padres, en un accidente aéreo, Summer y él habían estado solos y ella había sido la única persona importante en su vida. Y no porque tuviese el típico miedo masculino al compromiso, él no era de esos. No le asustaba enamorarse. Simplemente su mente era más difícil de estimular que su cuerpo. Y normalmente le era mucho más sencillo encontrar quien le excitase físicamente, que sentir la necesidad de conocer a alguien en profundidad. Podía parecer que su vida era superficial, frívola, pero él la veía práctica e interesante. No engañaba a nadie. Jamás había hecho promesas a una mujer que no estuviese dispuesto a cumplir. Todas las que mantenían relaciones con él sabían que su prioridad era su familia y su trabajo. Sus tres restaurantes y seguir haciendo lo que más le apasionaba, era todo en lo que quería gastar su tiempo. Aunque no por eso iba a despreciar los placeres que le proporcionaba su estilo de vida. Eso habría sido absurdo.

Pero ahora sentía que todo estaba cambiando. Empezaba a pensar que necesitaba otras cosas y la culpable era Pamela Cassidy. El día que apareció

en su puerta despertó en él una curiosidad que no había sentido hasta el momento. Su pose fría, su incapacidad para descifrarla, las escasas pinceladas que dejaba que asomasen sobre su personalidad, hicieron que le pareciese el puzle más excitante de desentrañar. Y cuanto más tiempo pasaban juntos, más necesitaba saber de ella.

—Perdona, hermanito, Gabriel quería asegurarse de que estoy bien —se excusó su hermana despertándolo de sus cavilaciones. La vio sentarse a su lado en el sofá y sonreírle radiante mientras se palpaba el vientre. Summer estaba embarazada de tres meses y aun no se le notaba, pero ese gesto, como si pudiese acariciar a su bebé a través de la piel, se estaba haciendo cada vez más habitual en ella.

—Vais a ser unos padres fantásticos —apuntó él disfrutando del estado de felicidad de su hermana—. Siempre y cuando no empapeléis el cuarto de mi sobrino, o sobrina, con payasos —sacudió los hombros fingiendo un escalofrío—, son aterradores.

Summer rio al ver cómo su hermano abría los ojos desorbitadamente haciendo un gesto cómico.

—Estás fatal, ¿lo sabías?

—Solo digo la verdad. —Levantó ambas manos y sonrió con pereza.

Summer se dio cuenta de que su hermano cavilaba algo y buscó su mirada. Su siguiente frase la dejó perpleja.

—Creo que me estoy enamorando.

—¡Por Dios, Stephen, no juegues conmigo! ¿No sabes que no se debe asustar a una embarazada? —preguntó posando una mano en su pecho, para hacer creíbles sus palabras. Summer no era tonta y lo conocía mejor que a sí misma. Desde que su hermano la había invitado a desayunar sabía que se moría por contarle algo importante, pero estaba hablando de amor, y eso sí era una novedad.

Él sacudió la cabeza y se pasó una mano por la nuca.

—No bromees...

—Y qué quieres que haga, ¿qué llore? ¡Llevo esperando este momento toda mi vida!

—Toda la vida, ¿eh? La verdad es que se te ve disfrutar. Y eso que aún no te he contado lo mejor.

—Dispara —dijo ella frotándose las manos.

—La conoces —apuntó él sin más.

Summer posó un dedo sobre sus labios y encogió la mirada repasando la lista de amantes que le conocía a su hermano. Sin embargo, ninguna de ellas le pareció el tipo de mujer que conseguiría cautivar su travieso corazón. Hasta que a su mente llegó la imagen de una que logró impresionarla hasta a ella.

—¿La inspectora Cassidy? —preguntó con cautela.

—A veces me das miedo —espetó él, pasmado.

Summer abrió los ojos de par en par, orgullosa de si misma. Y la sonrisa afloró a sus labios.

—¡Es fantástico! Lo poco que pude tratar con ella me pareció una mujer muy interesante, además de guapísima.

—Sí que lo es...

La escueta respuesta de su hermano no explicaba demasiado, pero la sonrisa bobalicona con la que la pronunció dejó a Summer impactada. Jamás lo había visto así de ensimismado.

—¿Vas a contarme algo más o te vas a quedar con esa cara de tonto? — lo pinchó, y él no tardó en lanzarse.

—Es preciosa, inteligente, perspicaz, fuerte, responsable, dulce, aunque no quiera demostrarlo, pero no puede evitar que ese lado salga a la luz cuando habla de su hija...

—¿Es madre? —Aquella revelación sí fue una sorpresa para ella.

—Sí, de una niña de cinco años. La adoptó hace año y medio.

—¡Vaya, hermanito! Eso sí es algo serio y muy de admirar por su parte.

—Lo sé.

—No puedes jugar con ella —apuntó su hermana, preocupada, cambiando el gesto radicalmente.

Stephen la miró ofendido.

—¡Jamás he jugado con una mujer! —se defendió.

—Lo sé, y no me refiero a ella. Si decides salir con su madre, la vida de esa niña se verá afectada.

—Lo entiendo, por eso Pamela ha decidido que de momento nos conozcamos manteniéndola aparte. Aunque entre tú y yo, habla tanto de ella y sé que es tan importante en su vida, que me muero por conocer a Anna.

Ambos se miraron compartiendo la sonrisa.

—¿Y las cosas que tal van con la inspectora?

—Muy bien. Despacio, pero bien. Desde que hice mi declaración de intenciones solo hemos podido compartir un par de cafés, un paseo, y me acompañó al mercado esta mañana. Está muy ocupada con el caso de desaparición de mi *sous chef*.

—Es cierto... ¿Cómo va ese tema? No me has contado nada.

—No puedo hacerlo. Es información confidencial y me han hecho prometer que mantendría la boca cerrada. Solo te diré que pasan los días y cada vez estoy más preocupado. Espero que Pamela y Garret tengan más pistas en breve. Algo me dice que la vida de Ximena depende de ello.

Su aplastante declaración levantó un abrumador muro de silencio, que se vio interrumpido cuando el teléfono de Stephen sonó. Sin dilación lo sacó de su bolsillo y al ver que se trataba del número de la casa de Pamela, tomó la llamada rápidamente. Para su sorpresa, no fue su voz la que escuchó al otro lado.

CAPÍTULO 12

Stephen subió los escalones del edificio de Pamela de dos en dos. Su hermana había insistido en ir con él, pero no logró alcanzarlo hasta que ya estaba dentro del apartamento.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —le dijo la señora Dickinson, esperándolo en la puerta— He llamado a Pam pero no coge el teléfono. Y los servicios de emergencia me han dicho que al menos tardarían cuarenta minutos en llegar. He encontrado tú número apuntado en la nevera y pensé...

—Ha hecho bien, Diane. Tranquila. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? El sonido quejumbroso de un llanto lo hizo adentrarse en el apartamento, sin esperar la respuesta de la mujer.

Nada más llegar a la habitación de la que procedían los ruidos se fijó en la niña que, tumbada en la cama, lloraba sin consuelo agarrándose un brazo. Era muy pequeña, tenía el cabello largo y tan negro como el azabache. Los ojos rasgados y del mismo color contrastaban con una piel tan pálida como el nácar. Por sus mejillas caían ríos de lágrimas incontrolados. Y por primera vez en su vida se sintió perdido y abrumado. Parecía tan indefensa y frágil que le dio miedo tocarla. Aun así tenía que ayudarla y tomando aire se acercó a ella con cautela. La señora Dickinson y su hermana entraron entonces en la

habitación.

—Hola Anna, soy Stephen, un amigo de tu madre.

—No te conozco —repuso ella taladrándolo con la mirada. Tal vez no fuese hija biológica de Pamela, pero desde luego compartían la misma mirada inquisitiva. El hecho lo hizo sonreír.

—Lo sé. Yo a ti tampoco te conocía, aunque tu madre me ha hablado mucho de ti.

Diane se acercó a la cama y se sentó al otro lado.

—No he podido localizar a mamá, pero Stephen ha sido tan amable de venir a ayudarnos. Tenemos que ir al hospital y él puede llevarnos.

Anna negó rotundamente con la cabeza, a pesar de su mueca de dolor. Cuando Stephen echó un vistazo más atentamente a su brazo, vio que sangraba y que la postura no era natural. Debía habérselo partido y se percató de que no podían esperar mucho más.

—Mira, estoy seguro de que tu madre te ha advertido sobre los desconocidos y que por eso no terminas de confiar en mí.

Anna asintió mientras hacía una nueva mueca.

—¿Qué tal si hacemos una cosa? Yo te cuento algunas cosas sobre ti y si acierto me dejas ser tu caballero andante y llevarte en mi carroza blanca hasta el hospital. Te prometo que tu madre se reunirá con nosotros allí, en seguida.

Stephen sintió tanto la mirada de Diane como la de su propia hermana

clavándose en él, con preocupación. Pero para sorpresa de todos, Anna pareció conforme y volvió a asentir. Ese era el momento en el que él se lo jugaba todo. Pamela le había hablado sobre ella, pero, ¿sería suficiente?

—Bien, vamos a ver... —dijo Stephen dando una palmada y llevándose las manos a los labios—. No pueden ser cosas que conozca todo el mundo, así que tengo que esforzarme mucho —dijo poniendo pose concentrada.

Supo que tenía toda la atención de la niña cuando esta con un hipido aflojó la intensidad del llanto para oírlo bien.

—Se que te encanta la purpurina rosa y que le haces tarjetas a tu madre que la hacen muy feliz.

La sorpresa que se vio reflejada en el rostro de la niña fue todo lo que necesitó para envalentonarse y seguir.

—Bien, también sé que te encanta como te corta la comida en pequeños cuadraditos antes de darte el plato.

Anna volvió a asentir con más vigor que la vez anterior. Pero ahora se lo jugaba todo a una sola carta.

Stephen miró a un lado y a otro, pensando. No podían perder tanto tiempo y buscaba algo que lo ayudase a salir del apuro. Entonces se fijó en que estaban en el cuarto que debía ser el de Pamela. No había muñecos ni cosas de niña, pero sí marcas en las dos almohadas de la cama y unas diminutas zapatillas de princesas en un lado.

—Y, para terminar, te cuelas por las noches en la cama de tu madre para dormir con ella —le dijo levantando la barbilla y desafiándola a negarlo.

—¡Solo a veces! —protestó la pequeña.

—Por supuesto, solo a veces. Ya tienes cinco años, no eres un bebé —le dijo muy convencido— Y por eso, ahora tienes que cumplir con tu parte. La señora Dickinson nos acompañará, ¿y ves esa chica tan guapa de ahí? Es mi hermana, y también vendrá con nosotros. Voy a llevarte al hospital, ¿de acuerdo?

—Vale —aceptó Anna algo más tranquila, pero el temor seguía asomando a sus ojos.

Stephen sintió que se deshacía del peso de su pecho al oírla aceptar. La opción de tener que llevársela entre llantos, gritos y forcejeos, no era alentadora. Antes de que la pequeña se pudiese arrepentir se agachó y la tomó en sus brazos. El quejido de Anna por el dolor le partió el alma.

—Tal vez sea mejor que le inmovilicemos el brazo antes de salir —apuntó Summer tras él. Cuando yo me partí el brazo fue lo primero que hicieron papá y mamá, ¿recuerdas?

—Buena idea —dijo Diane. Abrió el primer cajón de la cómoda y sacó un pañuelo celeste. Con muchísimo cuidado lo utilizó para inmovilizar el brazo, atándolo en torno al cuello de la niña.

—¿Quieres que nos llevemos a tu amiguito? —le preguntó Stephen a

Anna viendo que había dejado sobre la cama un unicornio de peluche.

—Sí. A pompón le da mucho miedo quedarse solo —dijo con su dulce vocecita mirando su peluche con anhelo.

—Entonces se viene con nosotros —dijo Stephen y Summer lo tomó de la cama—. Bien princesa, ahora que lo tenemos todo, su carroza la espera —anunció él y sujetándola con firmeza salió de la habitación.

Aún no habían llegado a su coche, cuando Anna dejó descansar su cabecita sobre su pecho, la sensación que lo sacudió al sentir que confiaba en él fue tan abrumadora como aplastante. Pero no tenía tiempo para detenerse a pensar en ello, tendría que dejarlo para más tarde.

Cuando Pamela irrumpió en la sala de urgencias del hospital el corazón parecía a punto de estallarle en el pecho. Hacía apenas dieciséis minutos, los que había tardado en llegar hasta allí con la sirena puesta, que había escuchado los múltiples mensajes que Diane le había dejado en el buzón de voz. Pero no había podido escucharlos hasta horas después, ya que había estado reunida con un par de agentes del FBI en la comisaría por el caso de Ximena Rodríguez. Y ni había oído las llamadas. Cuando se acercó al mostrador le faltaba el aliento, y con el rostro desencajado por la preocupación interrogó a la enfermera sobre el paradero de su hija, pero esta, ocupada al teléfono la ignoró por completo. Estaba a punto de arrancarle el

cable del teléfono cuando sintió unas manos que la sujetaron por los brazos. Cuando se dio la vuelta vio que se trataba de una mujer joven. Envuelta en la nebulosa de la preocupación no pudo reconocerla al instante y le ofreció una mirada entornada.

—Pamela, no sé si te acuerdas de mí. Soy Summer Weisler, la hermana de Stephen... —se presentó.

Ella parpadeó varias veces, confusa. ¿Summer Weisler, la hermana de Stephen? ¿Qué hacía allí? No tenía tiempo para aquello, tenía que encontrar a su hija.

—Lo siento señorita Weisler...

—Summer, por favor, llámame Summer. Imagino tu confusión, pero solo quiero llevarte hasta la habitación de Anna.

—¿Mi hija? ¿Por qué sabes tú dónde está mi hija? No entiendo nada...

—Tranquila, ahora te lo explico todo —le dijo esta guiándola hacia los ascensores. Pamela se dejó llevar no sin ciertos reparos.

—La señora Dickinson no conseguía localizarte y llamó a Stephen. Yo estaba con él cuando recibió la llamada. Nosotros trajimos a Anna al hospital —comenzó a explicarle Summer nada más apretar el botón de la planta a la que iban— Anna se había caído y se ha partido el húmero. Han tenido que operarla de urgencia para colocárselo y escayolarla.

Pamela se pasó una mano por la frente y el aire de aquel maldito

ascensor, el más lento del mundo, se volvió espeso e irrespirable. Volvió a apretar el botón de la planta como si así fuese a conseguir que fuese más rápido.

—Pero no tienes que preocuparte, todo ha ido bien. Está perfectamente, ya ha despertado de la sedación. Es una niña muy valiente —le aseguró Summer aferrando su otra mano, que no hacía más que temblar.

Pamela miró su mano y luego a ella que la contemplaba con serenidad y sintió que sus pulmones volvían a llenarse de oxígeno.

—Sí que es valiente, mucho más que su madre que está aterrada. ¡Dios mío, no puede verme así! —admitió girándose hacia el espejo y advirtiendo su rostro desencajado— Es la primera vez que tiene que venir al hospital. La han tenido que operar y yo no he estado con ella —dijo sintiéndose culpable.

—Bueno, ya estás aquí. Y no te preocupes, Stephen y Diane no se han separado de ella.

Stephen..., pensó Pamela. Él estaba con su hija. ¿Qué habría pensado esta al verlo aparecer?, se preguntó al tiempo que las puertas del ascensor se abrían finalmente.

Summer la llevó hasta la habitación de Anna y cuando abrió la puerta su corazón dio un vuelco al ver la escena que la esperaba.

CAPÍTULO 13

Pamela tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la mandíbula no se le cayese, producto de la impresión. Durante una centésima de segundo se quedó observando allí, arrodillado junto a la camilla de su hija, a Stephen. Y para aumentar su estupor este llevaba sobre los hombros una de las batas azules del hospital, de papel, a modo de capa. Se aferraba al soporte metálico del suero como si fuese una especie de cetro, y en la cabeza una corona de papel completaba su extravagante atuendo. Parpadeó varias veces sin saber qué decir.

—Señora, no puede entrar usted aquí así, de cualquier manera. ¿Acaso tiene audiencia con la princesa Anna? —le preguntó Stephen para aumentar su sorpresa.

Se mordió los labios para esconder una sonrisa cuando vio que él le guiñaba un ojo.

—*Sir* guapo. No hace falta. ¿Es que no reconoces a la reina Pamela? —le preguntó la niña muy concentrada en su papel.

—¡Por supuesto! ¡Qué despiste, majestad...! —contestó Stephen haciéndose el abochornado. Se levantó, y con una enrevesada reverencia, se hizo a un lado.

Pamela corrió hacia su hija y la besó en la frente durante largos segundos, con los ojos cerrados.

—¡Mamáaaa! —protestó la niña.

—¡Perdona, pajarito! Es que me has dado un susto de muerte —confesó apartándose de ella. Después la recorrió con la mirada de arriba abajo para comprobar su estado.

—Lo siento mami, no quería preocuparte. Es que... —Anna bajó la mirada, avergonzada.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó con suavidad tomándola de la mano.

—Mami, no quiero que te enfades conmigo...

Pamela le sonrió con dulzura para tranquilizarla.

—No pasa nada, palomita. No me voy a enfadar. Pero necesito saber cómo te has hecho daño.

Anna asintió con gesto compungido y Pamela la vio mirar de soslayo a Stephen que se mantenía a cierta distancia. Él también advirtió el gesto y no tardó en darse cuenta de lo que pasaba.

—Princesa Anna, si me disculpa, voy a ir a dar de beber a mi caballo — se excusó con una nueva reverencia y se dirigió a la puerta de la habitación. Era evidente que madre e hija necesitaban algo de intimidad.

—Yo voy a ayudarlo —se apuntó Summer. Y la señora Dickinson los acompañó también.

Aún no habían cerrado la puerta tras ellos cuando Stephen escuchó las palabras de Anna:

—Me caí de una silla... Sólo quería una foto de papá. Unos niños del cole dicen que soy huérfana, que no tengo padre y que tú no eres mi madre de verdad. ¿A qué es mentira, mamá?

Stephen terminó de cerrar la puerta soltando todo el aire de los pulmones.

Pamela sintió que se le rompía el corazón en pedazos. Las lágrimas amenazaron con surcarle las mejillas, pero no iba a dejar que su hija la viera así. En lugar de eso tomó aire profundamente y sonrió para su niña.

—Claro que es mentira, mi vida. Hay muchos tipos de familias. Unas se forman desde el principio; una mamá y un papá deciden tener un bebé y la mamá se queda embarazada. Pero no son el único tipo de familia válido. ¿Sabes por qué nuestra familia es tan especial?

Anna negó con la cabeza.

—Porque papá y yo teníamos tantas ganas de que fueras nuestra hija, que te buscamos y buscamos hasta que te encontramos. Te queríamos antes incluso de saber que serías nuestra niña, antes de verte esa preciosa carita. Nosotros decidimos ser una familia, y nos une el lazo más grande que hay; el amor.

—Pero es que ya no me acuerdo de la cara de papá. ¿Se le puede olvidar a una hija la cara de su padre?... Solo quería volver a verlo, y sé que guardas sus fotos en una caja en el altillo de tu armario. A veces cuando crees que estoy dormida te veo cogerlas...

Pamela contuvo el aliento. Estaba claro que su hija era más lista que ella. Y lo que era peor, si la había visto con las fotos, también la había visto llorando. Sin pretenderlo, pensando que así la protegía, le había hecho daño. Cuando murió Anthony le dolía tanto verlo en fotografías e imágenes de lo que había sido su vida juntos, que quiso evitar el dolor a Anna de contemplar las imágenes del que había sido su padre solo por unos días. Pensó que así se centrarían la una en la otra y que para ella sería más fácil. Estaba claro que se había equivocado. La figura borrosa de un padre ausente le había dejado un vacío que ella no había sabido ver, ni llenar.

—Lo siento mucho, tortuguita. Yo no quería que te olvidaras de papá. Siempre formará parte de nuestras vidas. Gracias a él hoy eres el mayor tesoro de mi vida —le aseguró acariciándole la mejilla—. Sabes que eres lo que más quiero en el mundo, ¿verdad?

Anna asintió con vigor.

—Bien... —dijo Pamela emocionada—. Vamos a hacer una cosa, cuando salgas del hospital sacaremos la caja de fotos de papá. Vamos a ponerlas todas en un álbum, en el salón, para que las veas cuando quieras. Y

de entre todas ellas elegirás la que más te guste y la colocaremos en un precioso marco, en tu cuarto. ¿Te parece?

—¡Vale! —dijo la pequeña con una sonrisa que devolvió la vida a su madre.

Pamela se incorporó sobre ella y la besó en la frente, apartándole el flequillo.

—¿Mamá...? —El tono dubitativo de su hija la hizo levantar la cabeza.

—Dime.

—Cuando una mamá y una hija pierden a un papá, ¿pueden tener un amigo especial después?

Pamela se quedó sin palabras. Inconscientemente miró hacia la puerta por la que había salido Stephen y apretó los labios. Bajó la mirada antes de elevarla de nuevo para cruzarla con la de su hija.

—Sí, pueden tener amigos especiales —terminó por decirle—. ¿Sabes que es lo más maravilloso del amor, mariposita? Que no sólo no se acaba nunca, sino que cuanto más lo gastas, más grande se hace. En nuestras vidas caben tantas personas a las que querer como deseemos.

Anna sonrió abiertamente y Pamela con ella.

—Me alegro mucho, porque *Sir* guapo me gusta mucho para que sea nuestro amigo especial.

La última frase de su hija la dejó sin palabras y su mirada volvió a la

puerta, tras la que sabía que él aguardaba. Demasiado cerca de su vida, tan celosamente guardada durante tanto tiempo. Demasiado cerca de su corazón.

CAPÍTULO 14

—Tu hermana es un encanto —Pamela tomó su taza de café y se aferró a ella con ambas manos—. No tenía por qué quedarse a decorar la escayola de Anna.

—No te preocupes, lo hace con gusto. Summer estudió arte, entre otras cosas, porque tiene talento para la pintura. Cuando termine con su escayola todos los niños de su clase querrán partirse un brazo para tener una igual.

La cara de horror de Pamela hizo que Stephen riera con ganas. Pamela hizo una mueca al darse cuenta de que él solo la estaba provocando, y terminó por sonreír.

—No tienes remedio —lo acusó.

—Me lo dicen con frecuencia —repuso Stephen justo antes de beber de su taza.

Llevaban en el hospital más de ocho horas. Sabía que debía estar agotada, exhausta, pero ahí estaba ella con una escueta sonrisa en los labios. Y por sorprendente que fuese, recibir aquel gesto era todo lo que necesitaba. Estaba seguro de que verlo allí, con su hija, había sido un shock para ella. Pamela había dejado claro que quería mantener las distancia, por el momento, entre su familia y lo que estaba surgiendo entre ellos. Y él había roto esa regla,

aunque fuese por una buena causa.

—Stephen... quiero darte las gracias por todo lo que has hecho hoy por mí. No tenías por qué hacerlo.

—Soy un caballero, nunca se me habría ocurrido eludir el rescate de una princesa —dijo con tono pomposo.

—Según tengo entendido no eres solo un caballero, eres *Sir* guapo.

La sonrisa granuja y encantada de Stephen hicieron que sintiese mariposas en el estómago.

—Me pregunto si el título es cosa tuya o de mi hija.

—Es cosecha de Anna, sin lugar a dudas. A mí me habría gustado más *Sir* irresistible, o *Sir* arrollador... ¿Tú qué opinas?

Pamela se mordió el labio inferior antes de contestar.

—Cualquiera de los tres te va perfecto.

Stephen no había esperado esa respuesta. Ella solía preferir castigarlo a hacerle un cumplido. Ambos enlazaron la mirada y la intimidad entre los dos se hizo tan palpable que les cortó el aliento.

—Creo que debería volver ya a la habitación —se excusó Pamela de repente, sacudiendo la cabeza y rompiendo el hechizo en el que habían estado inmersos.

Pero Stephen la detuvo tomándola de la mano. Pamela se quedó inmóvil en el sitio. Vio sus manos unidas y soltó el aire despacio. Él no quería dejarla

marchar todavía y se le ocurrió tocar el otro tema que tenían pendiente.

—Espera, ¿sabes algo ya del caso de Ximena?

Su pregunta consiguió que volviese el gesto adusto de Pamela, que al instante se transfiguró en la inspectora de acero.

—Me temo que sí. No he podido llegar antes porque estaba en una reunión con dos agentes del FBI. Las pesquisas de Garret han llamado la atención y hoy me he encontrado con una visita, en la comisaría.

—¿Y qué querían? ¿Por qué estás tan seria?

—Me han confirmado que Ximena es efectivamente Carmen Rodríguez, la hija desaparecida del difunto Ernesto Rodríguez. Karla Rojas lo asesinó y su hija estuvo a punto de entrar en el programa de testigos por toda la información de la que disponía. Iba a testificar contra Karla, pero el día antes de hacer uno de sus traslados consiguió escapar de su custodia. No se sabía por qué. Desde entonces han estado buscándola sin suerte. Barajaban la posibilidad de que Rojas hubiese dado con ella y hubiese corrido la misma suerte que su padre.

—Pero no fue así, consiguió escapar. Y durante todo este tiempo la he tenido en mi restaurante, trabajando codo con codo conmigo.

—Así es...

Pamela lo vio pasarse una mano por la mandíbula, asimilando la información.

—¿Y cómo sabemos que no le han hecho daño ahora? Si los polis corruptos que fueron a buscarla a mi restaurante dieron con ella...

—No es así. Los agentes que han venido a verme también sospechaban de esos tipos. Eran los que debían custodiarla el día que desapareció hace cinco años. Sus declaraciones sobre lo que ocurrió esa noche no terminaban de cuadrar, y durante todo este tiempo los han tenido vigilados para ver si conseguían o dar con Ximena, o vincularlos a la jefa de la banda.

—¿Y en cinco años no han conseguido pruebas contra ellos? —preguntó Stephen molesto.

—No suficientemente concluyentes, hasta hace unos días. El FBI consiguió rastrear varias transferencias de cantidades importantes en las cuentas de los agentes. Parecen pagos por servicios.

Stephen encogió la mirada.

—¿Si han recibido un pago por su trabajo, no significa eso que han dado con Ximena?

—Me temo que sí. Está ahora en poder de la banda.

—¡Dios mío! ¿Pueden haberla...? —Stephen no se atrevió a terminar de formular la pregunta.

—¡No! No... El FBI está convencido de que Ximena sigue viva. La señora Rojas llega dentro de dos días a Nueva York. Según parece ha organizado un evento para sus “clientes” en el hotel en el que se suele

hospedar cuando viene a la ciudad. Hay agentes infiltrados entre el personal del hotel. Estos han confirmado que hay una mujer joven, fuertemente custodiada, en una de las cinco suites que tiene reservada Rojas.

—¿Y por qué no la sacan de allí inmediatamente?

—Eso mismo he preguntado yo —El rostro de Pamela expresaba su frustración y desacuerdo.

—No van a mover ficha hasta que Rojas esté en el hotel y puedan atraparla también a ella.

—Pero mientras podrían hacerle daño a Ximena...

—No creo que lo hagan. Según parece lleva varios días custodiada por sus hombres. Si quisiesen hacerle daño, ya lo habrían hecho. Si está allí es en espera de que la propia Rojas decida su destino, a su llegada.

Stephen se removió nervioso en la silla, con el ceño fruncido. Y fue el momento en el que Pamela tomó su mano para tranquilizarlo.

—Tranquilo, yo voy a estar allí, en la operación de rescate. De hecho, me han pedido que vaya infiltrada a la fiesta entre los clientes de Rojas, como acompañante de un supuesto inversor de arte.

—¿Infiltrada? ¡Esa gente es muy peligrosa...! Si esa mujer es tan cauta como para que no hayan conseguido pillarla hasta la fecha, ¿crees que no conocerá bien quienes son sus invitados?

Stephen no quería ofenderla ni provocar un enfrentamiento entre ellos,

pero solo de pensar en que Pamela se pusiese en peligro se le había helado la sangre en las venas. Sabía que era una inspectora dura y preparada, pero eran asesinos. Sesgaban vidas sin el menor escrúpulo.

Algo enfermizo empezó a recorrer su cuerpo alimentado por la angustia. La miró a los ojos y vio que no era el momento de hacerle notar sus preocupaciones. Pamela tenía mucho a lo que enfrentarse y que él cuestionase su deber solo empeoraría las cosas, pero eso no significaba que estuviese dispuesto a cruzarse de brazos sin hacer nada. Sólo tenía que pensar bien cómo actuar.

CAPÍTULO 15

Pamela se miró en el espejo y casi no pudo reconocerse. Habitualmente iba vestida de una forma mucho más sobria, era lo más cómodo para su trabajo. Pero en aquella ocasión era precisamente este el que le exigía ir vestida de esa guisa. Era incuestionable que para ir como infiltrada tenía que mimetizarse con los invitados a la fiesta, que Karla Rojas había decidido dar en la *rooftop* del lujoso hotel, situado en la 11th Avenida. Y por lo menos tenía que agradecer que no la hubiesen vestido de algún color extravagante. El vestido ajustado, por encima de la rodilla, tenía un generoso escote palabra de honor que estaba segura de que tendría que subir en más de una ocasión para no revelar más de su anatomía de lo que estaba dispuesta a compartir. Ella habría desechado las florecitas blancas que salpicaban la prenda negra, pero al menos el tejido no era muy opresor y le daba cierta libertad de movimientos. Tuvo que esconder su arma en el interior de su muslo, con una cinta elástica, a modo de ligero, pues no había dónde meterla con aquella vestimenta. A no ser que la hubiese escondido bajo la pamelita negra que le habían impuesto como tocado.

Se inclinó sobre el lavabo acercando el rostro al espejo y se pasó la yema del dedo índice sobre el labio inferior para retocar el labial rojo, se

acomodó los mechones rubios que escapaban de su recogido y tomó aire antes de salir del baño. En la suite le esperaba todo el equipo de vigilancia del FBI que cubriría la operación y harían el seguimiento.

—¿Estás lista? —le preguntó uno de los agentes acercándose a ella y comprobando el micro que llevaba en una de las cuentas de su pulsera.

—Todo lo lista que se puede estar —afirmó con una seguridad que no sentía.

Era la primera vez que actuaba como agente de incognito. Y si sólo se tratase de un caso de falsificación o blanqueo de dinero, no se alteraría. Pero a ella lo que más le preocupaba era la vida de Ximena, confinada en alguna de las habitaciones que tenía reservadas la banda, en esa misma planta.

—¿Dónde está el agente Thomas? —preguntó buscando entre los presentes al que sería su compañero esa noche. Se trataba de uno de los agentes más experimentados del FBI en ese tipo de casos, y tras hablar con él durante horas y recibir innumerables directrices por su parte, estaba segura de que era la elección adecuada.

Sin tener que esperar una respuesta, como si hubiese notado que lo nombraba, Thomas se abrió paso entre el personal y se acercó a ella con una sonrisa tranquilizadora.

—Ha llegado la hora. ¿Tienes alguna duda antes de salir? —le preguntó, vestido con un austero traje negro.

Pamela negó con la cabeza subiéndose el escote del vestido, en un gesto apurado. En cuanto saliese por la puerta de la suite tendría que dejar allí los nervios y sacar a relucir su pose más fría. Iba a interpretar el papel de la novia de un adinerado coleccionista de arte y su misión era básicamente la de vigilar los movimientos de Rojas en la azotea, actuando sólo si la veía salir de la fiesta. No querían intervenir durante el transcurso de la misma para minimizar los riesgos de posibles víctimas.

Estaba alisándose la falda del vestido, a punto de salir de la suite, cuando el comentario de su compañero la dejó helada.

—Ahora solo falta tu acompañante. ¿Dónde está el señor Weisler?

Ella abrió los ojos desorbitadamente al ver que este, portando un traje tan elegante que habría dejado a la altura del betún al mismísimo 007, se acercaba a ellos con una de sus impresionantes sonrisas. Parpadeó varias veces mientras él se colocaba a su lado y le pasaba una mano por la cintura.

—Aquí estoy. Me estaban colocando el micro —se explicó, pero ella solo oyó el zumbido de sus oídos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó con su mirada más glacial.

—Solo un cambio de planes... —empezó a explicarle Thomas, pero Pamela no lo dejó terminar.

—¿Sólo un cambio de planes? Por el amor de Dios, ¡Weisler es un civil!

—gritó con el corazón a punto de reventarle en la caja torácica. La operación se acababa de convertir en una auténtica pesadilla. No podía consentir que él corriera ese riesgo. No estaba entrenado, ¿en qué demonios estaba pensando el maldito FBI?

—El señor Weisler es conocido por haber adquirido exclusivas piezas de arte para sus restaurantes, y conoce a varios de los integrantes de la lista de invitados. De hecho, no ha necesitado más que un par de llamadas para lograr ser invitado a la fiesta.

Pamela sintió que la habitación empezaba a dar vueltas en torno a ella, como si se encontrase en una atracción de feria. Se apoyó en la pared y se pasó los dedos por el puente de la nariz.

—No. No voy a ir con él a la fiesta —dijo tajante sin querer mirarlo directamente.

—Inspectora Cassidy, no tiene de qué preocuparse. Yo también voy a estar cerca, pero como camarero —señaló su indumentaria y entonces se dio cuenta de la diferencia entre los trajes de ambos hombres—. Pero el señor Weisler la hará integrarse mucho mejor entre los asistentes y facilitará que pueda posicionarse más cerca de Rojas.

—¿No me ha oído? Él no puede... —las palabras quedaron atropelladas en su garganta, por la preocupación.

El nudo no la dejó hablar y sintió como se asfixiaba, hasta que Stephen

se acercó a ella y tomó su rostro entre las manos para obligarla a mirarlo directamente a los ojos.

—Sí puedo.

—No, por favor... No puedes —dijo ella intentando tragar la sensación de pánico que se había apoderado de ella. Se sorprendió al escuchar su tono cargado de súplica.

Stephen se dio cuenta de que ella estaba en shock. Había imaginado todo tipo de reacciones por su parte cuando descubriese su jugada para acompañarla. Y en el noventa por ciento de las veces, en su mente, ella terminaba arrojándole algo pesado y contundente a la cabeza. Pero su reacción lo había pillado completamente por sorpresa. Tenía la mirada errática, ofuscada y no parecía dispuesta a claudicar. No le quedó más remedio que hacerla volver a la realidad de la forma más tajante que se le ocurrió. Elevó su rostro y, ante todo el equipo del FBI, la besó en los labios.

Pamela sintió que hasta la última brizna de aire abandonaba sus pulmones. Su corazón detuvo la dolorosa carrera y cada célula de su cuerpo despertó para ser consciente solo de él. De la forma en la que sus manos cobijaban su rostro, del calor de sus labios presionando los suyos con intensidad y deleite, del olor de su piel... El beso no duró más que unos segundos en los que la suite al completo quedó en un sepulcral silencio. Stephen sin soltarla separó los labios lentamente, lo justo para apoyar la frente

en la suya y que sus miradas quedasen enlazadas. Y entonces, como si fuera un hechizo, pronunció las palabras mágicas que la desarmaron.

—No va a pasar nada. Somos un equipo, el mejor que pueda existir. Yo estaré para ti y tú para mí, siempre.

Dos horas más tarde Pamela quería recordar las palabras de Stephen cuando consiguió convencerla para que lo dejase participar en la operación, pero le costaba hacerlo pistola en mano, persiguiendo a dos tipos que intentaban huir junto a la jefa de la banda por la escalera de emergencia del hotel.

La peor de las previsiones se había hecho realidad cuando uno de los guardaespaldas de Karla Rojas había sospechado de otro de los agentes que se hacía pasar por parte del personal de planta del hotel. Y en cuestión de minutos el caos más absoluto se hizo presente en la fiesta. Cuando el escolta había abierto fuego en medio del gentío, los gritos y huida de los asistentes alimentaron el pánico y el desconcierto. Ella sacó su arma y divisó entre los presentes al agente Thomas que le hizo señales para que lo siguiera.

Rojas había sido rodeada por sus hombres, y envuelta en la muralla de trajes negros consiguió salir de la azotea. Pamela no lo dudó y corrió tras ella. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que, no solo no veía a Thomas, sino que Stephen la seguía. Le hizo señales para que se quedase allí, a

cubierto. Por supuesto él desobedeció por completo su orden. Apretando los dientes siguió corriendo por el entramado de pasillos del hotel. Ordenó el alto a los delincuentes en dos ocasiones, que hicieron caso omiso también. La puerta de una de las suites se abrió y tuvo que perder el ritmo para impedir que una mujer saliese cuando las balas volaban por el pasillo en ambas direcciones.

Un par de agentes del FBI se unieron a ellos, saliendo de la suite de vigilancia.

—¿Dónde están los demás? —les gritó sin detenerse.

—Al empezar los tiros han ido a rescatar a la señorita Rodríguez...

Desde su posición Pamela pudo oír más disparos en la planta e imaginó que la situación estaba siendo límite con el rescate. En su premura por salir a la escalera por la que estaban huyendo Rojas y sus secuaces, no se percató de que la estaban apuntando desde el otro lado del pasillo hasta que sintió las manos de Stephen tomarla por los hombros y lanzarla al suelo. La bala impactó en el brazo de otro de los agentes, mientras ella caía amortiguada por el cuerpo duro de Stephen que reaccionando con rapidez pegándola a la pared para quitarla de la trayectoria.

Con la respiración entrecortada, se miraron el uno al otro. Él se limitó a asentir haciéndole notar que entendía todo cuanto ella quería decirle con esa mirada cargada de miles de emociones. Pamela tardó dos segundos en

reponerse, y reptando por el suelo se acercó al agente herido. Su compañero había salido corriendo escaleras abajo para continuar con la persecución.

—Necesito que te quedes con él, presionando la herida hasta que pueda venir alguien a socorrerlo —le dijo a Stephen. Este asintió y comenzó a despojarse de la corbata para hacer un torniquete en el brazo del agente. Pamela le brindó una última mirada antes de desaparecer por las escaleras.

Dos plantas más abajo, se percató de la salpicadura de sangre que manchaba la puerta que comunicaba con la planta. Siguiendo el rastro abrió la puerta y parapetándose tras ella, comprobó que no estaban allí. Salió al pasillo y miró a un lado y a otro temiendo haberles perdido la pista. Un grito ahogado llamó su atención. Cuando se acercó a la puerta de la habitación, una bala la atravesó dándole la bienvenida. Por suerte no llegó a alcanzarla. Y colocándose tras ella, tomó aire decidiendo su siguiente movimiento. A través del micro de su pulsera dio indicaciones informando de su posición. Segundos más tarde, Thomas y media docena de agentes armados y equipados para el asalto se unían a ella tomando posiciones para abatir la puerta y arrestar a Rojas.

Los siguientes minutos transcurrieron como a cámara lenta, para ella. Le habían ordenado no moverse de su posición y dejar que el equipo hiciese el resto, pero en primera fila como estaba pudo ver cada disparo, cada hombre caído, y los ríos de sangre que se derramaron en aquella suite. Por suerte,

excepto un herido del equipo del FBI, el resto de víctimas formaban parte de la escolta de Rojas. Esta al verse acorralada y sin escapatoria posible, se rindió siendo arrestada al momento.

Cuando los agentes la sacaron de la suite, Pamela pudo ver el desprecio y la soberbia en la mirada de aquella sanguinaria y despreciable mujer. Al ver salir al agente Thomas, lo detuvo cogiéndolo por el brazo.

—Ximena...

—Está viva, tranquila. Los hombres que la custodiaban eran los agentes corruptos tras los que íbamos, han caído los dos, más un tercero que les acompañaba. Al empezar los disparos recibieron la orden de acabar con ella, pero llegamos a tiempo de impedirlo. Tiene varias contusiones y está siendo llevada al hospital, pero se recuperará.

Pamela suspiró con alivio.

—Gracias, muchas gracias —dijo al agente, feliz.

—Gracias a usted, Cassidy. Ha sido un placer trabajar con alguien de su calibre —repuso él ofreciéndole la mano.

Pamela se la estrechó, halagada. Y lo vio marchar tras despedirse con un leve asentimiento. En cuanto desapareció por el pasillo ella se dejó caer, apoyándose en la pared. Acababa de cerrar los ojos, un segundo, para recobrar el aliento cuando escuchó su nombre. Nada más girarse vio a Stephen correr hacia ella. No tardó en reaccionar y fue también a su encuentro,

terminando ambos en los brazos el uno del otro. Stephen la rodeó con fuerza y ella apoyó la cabeza en su pecho. No podía describir con palabras el inmenso alivio que sintió al verlo sano y salvo. Elevó el rostro, y al cruzar la mirada con la suya, no tuvo ni que pensar su siguiente movimiento; elevó los brazos, rodeó su cuello, y lo besó.

CAPÍTULO 16

—¿Estás segura de que no quieres beber nada? —le preguntó Stephen, justo antes de perderse por la puerta del baño. Iba cubierto con la sangre del agente herido en el brazo, y habían decidido ir hasta su apartamento para que pudiese ducharse y cambiarse de ropa.

—Completamente —aseguró ella frotándose las manos. Aún las sentía temblar, producto del subidón de adrenalina. Oyó que él abría el grifo de la ducha y se pasó las manos por el rostro. Después sacudió los brazos, intentando librarse de la tensión.

“Stephen podía haber salido herido”, se repetía una y otra vez. No era capaz de eliminar de su mente la sensación de terror que la invadió al saber que estaba allí, que podía perderlo. Se vio paralizada, como cuando le notificaron la muerte de su difunto marido.

No quería pensar en ello, no podía dejarse llevar en ese momento por el torbellino de emociones y sentimientos que la asaltaban. Una batalla se producía en su interior y necesitaba ahogarla para no volverse loca. Dio un par de pasos, adentrándose aún más en el salón de Stephen, tan moderno, elegante y pulcramente ordenado. Y soltó el aire lentamente. Miró hacia la puerta del baño y vio que la había dejado entre abierta y que por ella salía

parte del vapor producido por el agua caliente.

No se le ocurrió una forma mejor de acallar a su locura, que sucumbiendo por fin a una de las voces que martilleaban su mente. Y sin pensarlo dejó que sus pies la llevaran hasta la puerta del baño. Terminó de abrirla y quedó impresionada por el tamaño de ese espacio, tan moderno como el resto del apartamento. Sus ojos tardaron apenas un segundo en fijarse en la espectacular figura masculina que, de espaldas a ella, dejaba que el agua de la gran alcachofa de la ducha resbalase por su cabeza y hombros. Y una vez más, su cuerpo supo lo que quería hacer, antes que su mente.

Stephen estaba bajo los chorros del agua caliente, con las palmas apoyadas en la pared y los ojos cerrados, recordando cada angustioso momento de esa noche, cuando sintió las manos de Pamela posarse en su espalda. Contuvo el aliento y se quedó inmóvil mientras ella bajaba lentamente las palmas, descendiendo por sus costados, para terminar rodeándolo con sus brazos y pegándose a él. Sintió su cuerpo desnudo acoplándose al suyo y tomó sus manos que ya se posaban en su pecho. Ella estaba allí, con él. Y había dado un primer paso que nunca pensó que daría. Saber que estaba dispuesta a entregarse a él despertó su sentido más primario, y con un movimiento rápido se giró. Tomándola por la cintura la colocó delante de él, apoyada en la pared de piedra de la ducha. Quería verla, admirarla, sentirla y sus labios fueron los primeros en reaccionar

apoderándose de su boca con una codicia infinita. Con el rostro femenino entre sus manos, devastó su boca mientras el agua caía sobre ellos. Un gemido ahogado brotó de aquellos labios que tan loco lo tenían y decidió que era el momento de ir a por más como aquel.

Pamela se vio sorprendida cuando Stephen abandonó su boca para girarla y colocarla contra la pared de piedra de la ducha. Instintivamente apoyó ambas palmas en la superficie rugosa y contuvo el aliento cuando sintió que él rodeaba su cuerpo con el brazo, se inclinaba sobre ella, y mientras retenía el lóbulo de su oreja entre los dientes, introducía la mano entre sus muslos al encuentro de su feminidad. Cuando las yemas de sus dedos alcanzaron el centro de su placer y sin miramientos comenzó a friccionarlo con una carencia agónica, echó la cabeza atrás apoyándola en su hombro, para no caer de bruces por las oleadas de placer que empezaron a sacudir su cuerpo. Creía que iba a desfallecer en ese momento, apunto de alcanzar el clímax, cuando él abandonó su clítoris. Y sin previo aviso introdujo dos dedos en su cavidad tan cálida y húmeda que lo recibió abrazándolo con urgencia. La sacudida que la poseyó la dejó sin aliento.

Stephen tomó uno de los pechos de Pamela al verla al borde del abismo y mientras introducía dos dedos de su otra mano en su interior, pellizcó y estimuló su pezón endurecido por el deseo. El movimiento de sus dedos poseyéndola hicieron que ella se inclinase hacia atrás y le regalase la visión

de su rostro enardecido por el deseo. Estaba más bella aún que en sus múltiples y ardientes fantasías y quiso llevarla al límite en ese momento, sin esperar más. Volvió a sacar los dedos y fue hasta su clítoris henchido. Lo acarició lentamente, pero impartiendo la presión suficiente para que en pocos segundos el calor de su vientre se expandiese en un gran orgasmo que la hizo jadear descontrolada. Mientras ella se dejaba llevar por las oleadas de placer que devastaban su cuerpo, él le apartó el cabello a un lado y la besó en el cuello, al tiempo que elevaba una de sus piernas, tomándola bajo la rodilla, y sujetándola con fuerza, la embistió desde atrás. El grito ahogado de Pamela le dibujó una sonrisa endiablada en los labios. Cuando ella arqueó la espalda, exponiendo su redondeado trasero para él, volvió a embestirla y la penetración se hizo aún más profunda. La sensación de verse atrapado en su interior lo dejó sin aliento, pero tan enardecido y necesitado que comenzó a poseerla con un ritmo enloquecedor. Con cada penetración su placer iba creciendo acompasado por los jadeos de Pamela, tan entregada como él. Cuando creyó que ya no podría soportarlo más, las paredes vaginales se contrajeron en torno a su miembro y su orgasmo estalló en mil pedazos, haciendo que se vertiese en su interior, con un gruñido animal y satisfecho.

Durante largos segundos permanecieron ambos unidos, bajo el agua, intentando recuperar el control de su latido, y asimilando lo que acababa de suceder entre los dos.

CAPÍTULO 17

Cuando Stephen despertó, sin abrir los ojos siquiera, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Era la primera vez en su vida que se sentía tan pletórico, tan... feliz. Giró sobre sí mismo en busca del cuerpo femenino que tanto placer le había dado. Cuando no la encontró abrió los ojos rápidamente y escrutó la habitación en penumbra. Los estores de su dormitorio eran espesos y tupidos. No le gustaba que la luz del día lo despertase tras haber trasnochado. Pero la noche anterior, por los motivos evidentes, no los había bajado del todo y algo de luz se filtraba por abajo.

No la encontró. El dormitorio estaba vacío. Frunció el ceño y se levantó de un salto para buscarla en el salón o la cocina, tal vez se había levantado a tomar un café. Le habría gustado despertar antes que ella y desearle los buenos días con el que sería el cuarto encuentro íntimo entre los dos, pero estaba claro que Pamela estaba acostumbrada a levantarse, cada mañana, mucho antes que él. Y el agotamiento le había jugado una mala pasada.

Dispuesto a resarcirla por ello, salió del dormitorio. Pero para su sorpresa tampoco la encontró allí. Dio unos toques en la puerta del baño, sin obtener respuesta. Abrió la puerta del mismo y comprobó que se había marchado sin despedirse, ni dejarle siquiera una nota. Algo le dijo que aquello

no era una buena señal. Cuando la llamó a su móvil y no respondió, lo tuvo definitivamente claro.

Sentado en el filo de su cama se pasó la mano por el pelo revuelto y resopló. No había que ser muy inteligente para atar cabos y darse cuenta de que había huido. Pamela le había demostrado con sus actos, en sus conversaciones, que tenía muchas cosas que asimilar y con las que lidiar antes de embarcarse en una relación. Lo entendía; él no cargaba con una mochila emocional ni de responsabilidad. Siempre había sido libre y había vivido su vida sin ataduras, pero ella... Ella se había enfrentado a una infancia de soledad, a la pérdida de un marido y a criar a una hija, sola. No podía ni imaginar las cosas que pasaban por su cabeza, mucho menos después de la noche que acababan de compartir.

Él, que se consideraba perfectamente preparado, se había sentido superado y sobrecogido por todo lo que había sentido con ella, pues si bien su primer encuentro había nacido de la necesidad de tenerse, sentirse y poseerse el uno al otro, sin miramientos, sin medida, sin pensar, tan solo queriendo disfrutar de la forma más primaria el uno del otro, el resto de las veces que habían hecho el amor esa noche, no se habían parecido en nada. Podía decir bien alto, sin miedo a equivocarse que lo que había sentido y experimentado con ella, era completamente nuevo para él. Jamás había sentido la necesidad de conectar a otro nivel con la mujer que le entregaba su cuerpo. Nunca antes

se había perdido en la mirada de la otra persona y había acariciado su alma mientras la poseía. Nunca había sentido esa comunión que te embarga el corazón, adueñándose de cada latido, hasta percibir cada palpitación como eco de la suya.

No podía perderla ahora que la había encontrado. Ella era todo lo que deseaba y había buscado, sin saberlo, en cada una de las mujeres que se habían cruzado en su vida. Nadie era como Pamela. Ninguna otra tenía su fortaleza, su firmeza, sus valores, su dulzura, escondida para todos excepto para unos pocos privilegiados, su pasión... Pamela lo era todo y no iba a renunciar a ella. Tan solo le daría aquel día para pensar, para asumir lo que había compartido, pero después hablaría con ella. La obligaría a enfrentarlo y esperaría que lo aceptara, porque si él tenía algo claro era que quería entrar definitivamente en su vida, y para siempre.

Con aquella resolución tomada, decidió hacer algo productivo ese día e ir a visitar a Ximena al hospital. Quería hablar con su *sous chef*, asegurarse de que estaba bien y hablar con ella sobre su futuro. Quería que supiera que se llamase como se llamase, siempre tendría un puesto en su cocina, como mano derecha suya. Y sin perder más tiempo se levantó y fue a vestirse para marcharse lo antes posible.

No había pasado ni una hora, cuando Stephen llegó al hospital. Le

sorprendió ver a un policía apostado frente a la puerta de Ximena, que le pidió sus credenciales nada más aproximarse a la habitación. Tras mostrarle su documento de identidad lo vio marchar al interior del dormitorio. Minutos más tarde el mismo agente le indicó que podía pasar. Su sorpresa fue mayúscula al ver que en el interior Ximena no solo no se encontraba sola, sino que era Pamela la que la acompañaba.

—Pamela... —Pudo notar como su corazón aceleraba el latido cuando sus miradas se enlazaran, pero ella desvió la vista antes de que el gesto se volviese demasiado íntimo.

—Weisler... —repuso ella con su habitual tono profesional. Y volvía a referirse a él por el apellido, no como durante la noche cuando decía su nombre entre jadeos y suspiros entrecortados, cargados de sentimiento y pasión.

Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que su *sous chef* los miraba alternativamente, dándose cuenta de la tensión que había entre los dos, e hizo un esfuerzo sobrehumano por dejar de mirarla y centrarse en su empleada. Al hacerlo mostró una gran sonrisa y se acercó a la cama.

—Jefe... Yo... —Supo inmediatamente que ella quería excusarse.

—No tienes nada que decir, Ximena, o Carmen... Como quiera que te llames.

—Ximena está bien —indicó con una escueta sonrisa, avergonzada—.

Siento mucho haber estado mintiéndote todos estos años.

—Tenías buenos motivos para hacerlo. Si mi vida hubiese estado en peligro, también lo hubiese hecho.

—Gracias jefe. Siempre te has portado muy bien conmigo. En ocasiones estuve a punto de decirte la verdad sobre quién era, pero entonces pensaba que al hacerlo también te ponía en peligro a ti.

La voz de Pamela lo sorprendió en ese momento.

—Ximena nos ha contado que los policías corruptos que la buscaron en el restaurante y que te agredieron, intentaron matarla antes de que pudiese entrar en el programa de protección de testigos. Tenían todos sus datos y lista de personas con las que había mantenido contacto en nuestro país. Dos de ellas, tras su desaparición, fueron asesinadas por esos hombres, buscando información. A partir de entonces decidió no solo esconderse y huir, sino crearse una nueva identidad y vida que le permitiese empezar de cero, aunque tuviese que renunciar a cualquier lazo con el pasado.

—Ha debido ser muy duro para ti, estar aislada de esa manera.

—Si te digo la verdad, solo era feliz en el trabajo. En tu cocina, bajo tu mando, descubrí que había un mundo más allá del que había conocido desde niña; lleno de secretos sórdidos, delincuencia, traición y muerte.

—Bueno, en ese sentido puedes estar tranquila. Eres la mejor *sous chef* que he tenido jamás, y cuando todo esto termine seguirás teniendo un sitio en

cualquiera de mis restaurantes.

—En cuanto a eso... —volvió a intervenir Pamela—, me temo que no va a ser tan sencillo.

Stephen las miró alternativamente a una y a otra. Vio que Ximena pedía permiso en silencio a Pamela, y esta aceptaba con un asentimiento de su cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó consciente de que le ocultaban algo.

—No sé cómo decirlo... —empezó Ximena.

—¿Decirme qué? —Stephen arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—Que... la falsificadora era yo, no mi padre. Al menos los últimos tres años, antes de su muerte.

Stephen dejó que a su rostro asomase la estupefacción que le provocó aquella revelación.

—Mi padre tenía un problema en los ojos que lo fue dejando sin visión gradualmente, durante los últimos años. Karla Rojas ya había matado a mi madre, hacía diez años, cuando mi padre se negó a trabajar para ella. Y durante todos los años que lo hizo, fue bajo la amenaza de que yo corriese su mismo destino. Cuando empezó a perder facultades a causa de su problema de visión, la única forma que se le ocurrió de mantenerme con vida fue la de enseñarme a mí todo lo que sabía. Y así hacer pasar mi trabajo por el suyo. Durante un tiempo funcionó, demasiado bien. Era buena, demasiado buena

incluso comparada con mi padre, y Rojas empezó a sospechar. Cuando mi padre creyó que yo podía estar en peligro decidió ponerse en contacto con el FBI. Pero Karla no solo descubrió su traición sino su secreto. Y para dejarme claro que mi trabajo y yo le pertenecíamos, lo ejecutó delante de mí.

Ximena cerró los ojos y con los puños apretó la sábana que la cubría, sintiendo como el dolor y la rabia se apoderaban de ella.

—Tranquila, ya ha pasado todo. Ese monstruo va a pagar por lo que os hizo a tu padre y a ti —le dijo Pamela, tomando su mano.

Ximena asintió y tragó saliva.

—¿Y qué ocurre ahora? ¿Va a tener algún problema con el FBI por haber trabajado para esa mujer, bajo coacción? —interrogó Stephen directamente a Pamela.

—Creo más bien, que están interesados en hacer un trato con ella. No quieren sólo que testifique contra Rojas, sino que se convierta en algún tipo de asesora para la agencia.

—¿Eso es lo que tú quieres? —le preguntó Stephen a Ximena. Le daba la sensación de que lo que el FBI pretendía hacer con ella, era convertirla en una especie de herramienta sometida a su control.

Ximena negó con la cabeza.

—No si me separa de la cocina. Pero no sabía si podría seguir trabajado para ti después de que supieses la verdad.

Stephen sonrió.

—Por eso no debes preocuparte. De hecho, pensaba darte el control de la cocina del nuevo restaurante en Nueva Orleans.

Ximena se enderezó en la cama, acompañando el gesto con una mueca de dolor por los golpes recibidos el día anterior, y se abrazó a Stephen agarrándolo por la cintura.

—Gracias... —dijo conmovida.

—No hay nada que agradecer. Tú sola has conseguido llegar donde estás con tu trabajo y tesón. Y yo valoro enormemente ambas cosas. Y si quieres ser algún tipo de asesora externa para el FBI, es asunto tuyo, pero no tienes que dejar la vida que has construido. Te mereces disfrutar, de una vez por todas, de tu recompensa.

—No sé qué decir... —aseguró Ximena.

—Cuando te recuperes del todo, solo que tomarás la decisión que te haga más feliz a ti.

Ximena asintió. Y cuando Stephen levantó la cabeza y miró a Pamela, leyó la emoción en sus ojos. Tomó aire profundamente antes de volver a pronunciarse.

—Inspectora, Cassidy, ¿podría acompañarme fuera? Me gustaría hacerle un par de preguntas.

Ella solo tragó saliva y asintió.

CAPÍTULO 18

“Necesito tiempo”. Eso era todo lo que Pamela le había dicho antes de salir corriendo por el pasillo del hospital con el rostro envuelto en lágrimas. Stephen habría querido salir tras ella, en ese momento. Abrazarla, arroparla entre sus brazos y asegurarle que nunca sufriría daño alguno a su lado, pero no lo hizo. Ella le había hecho una única petición y debía cumplirla. Aunque ya habían pasado dos semanas, las mismas que él había estado fuera. La preparación de la próxima inauguración del restaurante de Nueva Orleans lo había tenido lo bastante ocupado para que no se volviese loco. Pero no lo suficiente para conseguir que dejase de pensar en ella un solo minuto. De hecho, con demasiada frecuencia se veía a si mismo desconcentrado, mirando a algún punto perdido y recordando los miles de detalles que habían conseguido que se enamorase de Pamela. Unas veces era aquella sonrisa suya, que derrochaba solo en momentos puntuales y que hacía que todo a su alrededor quedase iluminado. Otras, en cambio, era su gesto decidido y ofuscado, la forma en la que se apartaba un mechón rebelde del rostro, o su mirada altanera cuando quería demostrarle falsa indiferencia. Había repasado en su mente, decenas de veces, cada momento que habían compartido los últimos meses desde que se vieron por primera vez. Pero durante ese tiempo

lo que más había hecho era mirar la pantalla de su móvil esperando en cada momento recibir una llamada suya. Una llamada que, en todos esos días, no se había producido.

Se había negado a permanecer desinformado sobre la recuperación de Anna, pero era la señora Dickinson quien lo mantenía al tanto de sus progresos. La mujer siempre terminaba sus conversaciones telefónicas pidiéndole que fuese paciente y no desapareciese. Algo que, por descontado y aunque ella lo estuviese volviendo loco, no pensaba hacer.

Abrió la puerta de su apartamento sintiéndolo por primera vez vacío. Dejó caer la maleta allí mismo, junto a la puerta y con desgana, cuando el teléfono en su bolsillo sonó sorprendiéndolo. Lo tomó con rapidez y sintió cierta decepción al ver que se trataba de su hermana. Había quedado en verla al día siguiente y supuso que solo quería asegurarse de que había llegado bien a casa, de regreso de su viaje. Sin embargo, el tono urgente de Summer lo dejó petrificado en el sitio.

—¡Stephen! ¿Dónde estás? Te necesito...

Aquellas dos últimas palabras activaron los sensores de alarma de su cerebro, con rapidez.

—Estoy en casa, acabo de regresar. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? ¿El bebé...?

—Me duele... No me encuentro bien...Stephen, por favor, ven a

buscarme. Gabriel está fuera de la ciudad y no sé qué hacer...

No quiso escuchar nada más, necesitaba estar junto a su hermana.

—¿Dónde estás? —quiso saber.

Summer le dio la dirección de la cafetería entre gemidos de dolor y sintió que se le helaba la sangre en las venas. Antes de cortar le aseguró que no tardaría más de quince minutos en llegar y le pareció notar alivio en su voz. Iba a cumplir su promesa y salió corriendo de su apartamento, como alma que lleva el diablo.

—Mami, tengo sed —le dijo Anna a su madre, tras ganarle por tercera vez a las tres en raya.

Habían decidido ir a pasar la mañana al parque y aunque estaban ya en los últimos días de octubre, el otoño les había regalado un agradable día soleado que habían aprovechado al máximo. Anna tenía las mejillas coloradas y Pamela sacó de la bolsa su botella de agua.

—La verdad es que hace calor para estar en estas fechas —apuntó Diane mientras Anna daba un gran trago y después lo escupía con cara de asco.

—¡Anna! —exclamó Pamela al ver que le había tirado toda el agua por encima.

—¡Es que está calentuja! ¡Puaj! ¡Qué asco!

Ante el gesto dramático de su hija Pamela contuvo una sonrisa, pues

pretendía reprenderla por escupir el agua de esa forma, pero cuando la niña le regaló su mohín más inocente y compungido no pudo evitar que la sonrisa asomara a sus labios. Su hija era la única que conseguía que sonriera desde hacía dos semanas y el gesto llegó a sorprenderla. Inevitablemente el rostro de Stephen y sus ojos color chocolate inundaron su mente, consciente de que si no tenía ganas de sonreír era porque lo echaba de menos mucho más de lo que se reconocía a sí misma.

—¿Por qué no vamos a comer a Bernie's? Está solo a una manzana, y allí tienen el zumo ese de arándanos que tanto le gusta a Anna. Seguro que un vaso grande y fresquito acaba con tanta sed —apuntó Diane dirigiéndose a la niña.

—¡Oh, sí, mami! ¡Vamos a Bernie's! El zumo de arándanos está tan requetebuenísimo...

El aleteo de pestañas de Anna era su arma más escandalosamente eficaz, y no dudo en usarla al tiempo que se lanzó sobre su madre para, tomándola del cuello, abrazarla y llenarla de besos intentando que aceptase.

—¡Qué peligro tienes, tigresa! Miedo me da el día que empieces a pedirme el coche —repuso Pamela, y Anna comenzó a reír a carcajadas. Tanto ella como Diane no tardaron en contagiarse y reír con ella— Está bien, está bien. Pero ya puedes comértelo todo. ¡No vamos sólo para que te llenes la barriga de zumo de arándanos!

—Lo prometo —aseguró la niña levantando la mano como si fuera a testificar ante un tribunal. Y a la velocidad del rayo recogieron para irse a comer.

Al entrar en la cafetería de Bernie Pamela se quitó las gafas de sol y se las puso en la cabeza para adecuar la vista a la iluminación del local. Escudriñó las mesas buscando una libre en la que sentarse, cuando se quedó perpleja. En una de ellas, a escasos metros, estaba sentada Summer que le hizo gestos para que se acercase. Pamela le sonrió. Le encantaba Summer; era una mujer dulce y muy especial, y no dudó en aproximarse seguida por Diane y Anna.

—¡Pamela! ¡Qué maravillosa coincidencia! ¡Cómo me alegro de verte!
—le dijo esta.

Cuando llegó a la mesa la hermana de Stephen se puso en pie y la recibió con dos calurosos besos y un gran abrazo, que ella le devolvió contenta de verla. Hasta que vio por el rabillo del ojo que tanto Diane como su hija habían tomado asiento en la mesa. No sabía si Summer estaba acompañada, pero le parecía del todo improcedente auto-invitarse a sentarse sin preguntar. Además de sentirse violenta por temer las preguntas que esta podía hacerle sobre la relación con su hermano. Le constaba que Stephen y ella mantenían una relación de confianza absoluta y que, si alguien sabía lo que pasaba por la cabeza de Stephen, esa era la mujer que ahora la miraba con

cariño.

Estaba a punto de decirle cuánto se alegraba de verla ella también cuando vio que por el pasillo se acercaba el marido de Summer, Gabriel, acompañado de Garret. Encogió la mirada, completamente confusa y recorrió con la mirada el local, sopesando la posibilidad de estar en un programa de cámara oculta.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó sin dejar de mirar alrededor. Las palabras quedaron congeladas en su boca cuando la puerta de la cafetería se abrió y por ella entró Stephen, con urgencia.

Su sola presencia allí la dejó hipnotizada. Como si un imán le impidiese centrar la atención en algo o alguien que no fuese él. El corazón comenzó a crepitarle en el pecho y ese sentimiento abrumador e inmenso que había intentado apaciguar durante aquellos días se apoderó de ella, haciendo que se marease. Cuando él se percató de su presencia y le devolvió la mirada, enlazándola con la suya, el mundo desapareció para ambos.

De repente vio a su hija correr hacia Stephen y darle la mano, para después tirar de su cuerpo y acercarlo a ella. Cuando estuvieron a un par de pasos de distancia Anna tomó también la suya y, comprobando que aún seguían en shock, les dijo:

—¡Ya estamos todos! Bienvenidos a vuestra intervención.

Ambos la miraron con el mayor gesto de asombro posible en sus rostros.

Y ella les devolvió una radiante y satisfecha sonrisa.

CAPÍTULO 19

—¿Cómo que una intervención? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó Pamela girándose hacia el grupo que los esperaba en la mesa. Todos ellos los miraban sonrientes, y los invitaron a sentarse— ¿Tú sabías algo de esto? —interrogó a Stephen, pero al leer la confusión en su rostro, supo que estaba tan perdido como ella.

—Puedo asegurarte que no. He venido porque mi hermana me ha llamado diciendo... —Stephen clavó la mirada en la mesa y se dio cuenta, no solo de que su hermana mostraba un aspecto más que saludable, sino que contrariamente a lo que le había hecho creer no estaba sola. Gabriel, sentado a su lado, le tomaba la mano amorosamente. Se sintió estúpido al instante.

—Tenéis que sentaros a la mesa. Así es como funciona, lo he visto en la tele —les explicó Anna que seguía esperando que obedeciesen.

—Renacuaja, estás castigada sin televisión hasta que cumplas la mayoría de edad —dijo Pamela, sin saber qué hacer.

—¿Y sin Tablet? —no pudo evitar preguntar la niña, pero inmediatamente sacudió la cabeza, centrándose—. Bueno, da igual. Ahora tenéis que sentaros —volvió a insistir la pequeña, y viendo que no hacían nada por moverse, tiró de sus manos hasta que no les quedó más remedio que

enfrentarse a los presentes.

Pamela no se había sentido más incómoda en la vida. Allí en el banco circular que rodeaba la mesa, con la misma forma, las cinco personas los miraron sonriendo hasta que vieron sus caras, y entonces cambiaron todos el gesto a uno mucho más serio. Stephen la invitó a sentarse primero, con un movimiento de su mano. Y al segundo de aceptar se dio cuenta de que no debía haberlo hecho. Al tomar asiento él a su lado, había quedado encerrada entre su hija y este, sin escapatoria posible. Se pasó la mano por la nuca y cerró los ojos un segundo, percatándose de lo cerca que estaba el cuerpo masculino que tanto la atormentaba. Su olor y el calor de su piel llegaron hasta ella llenando su mente de recuerdos. Exactamente los de una noche que atesoraría en la mente para el resto de su vida.

—¿Perdone...? ¿Podría traerme una botella de agua bien fría? —pidió a la camarera al verla pasar junto a la mesa. La boca se le estaba secando al tiempo que un calor sofocante se apoderaba de ella.

—Que sean dos —apuntó Stephen y Pamela se pasó la lengua por los labios, en un acto reflejo. Sintió como los ojos de Stephen se clavaban en su gesto y lo encaró para quedarse sin palabras.

Consciente de que su cuerpo estaba tomando el control una vez más por encima de su mente y, que esta vez estaban en presencia de todos sus allegados, desvió la mirada rápidamente. Buscó en su interior a la inspectora

de acero, pero el temblor de sus manos le dijo que aquella otra mujer que habitaba en ella la había abandonado. Bajó las manos y las apoyó en el banco, para intentar calmar su nerviosismo.

—No sé qué tendréis que decir vosotros...—dijo Stephen señalándolos a todos—, pero antes de empezar me gustaría decirle a mi queridísima hermana que me alegro infinitamente de que no corra ningún tipo de peligro, de que su bebé y ella estén estupendos, de que su marido haya regresado junto a ella a la velocidad de la luz, y de que por fin sus clases de interpretación en el instituto hayan resultado fructíferas.

El tono tenso y cargado de reproche de Stephen dejaba claro que estaba muy molesto. Y Pamela se preguntó si se sentía abochornado, como ella, o por el contrario lo que más le enfadaba era tener que verla, en ese momento.

Durante aquellas dos semanas no habían mantenido ningún tipo de contacto, por petición de Pamela, y él bien habría podido cambiar de idea sobre tener una relación con ella, en ese tiempo. Desde luego, no podría culparlo si así fuera. Pero la sola posibilidad hizo que se le revolviese el estómago.

—Lo siento hermano, sé que te he dado un susto de muerte, pero la situación lo requería. Hablo por todos los presentes cuando digo que os queremos, y que si estamos aquí reunidos hoy es porque nos preocupáis y queremos que seáis felices.

Stephen resopló y cruzándose de brazos se recostó contra el respaldo del asiento, en posición defensiva. Ella, sin embargo, recorrió los rostros de los presentes, preguntándose qué pretendían conseguir. De izquierda a derecha tenía a Anna, Summer, Gabriel, Garret, Diane, y por último a Stephen. Al volver a posar la mirada en este, tomó todo el aire que pudieron atesorar sus pulmones y lo soltó lentamente, intentando calmar el latido de su corazón.

—Seguro que tenéis buenas intenciones, pero esto no es asunto vuestro... —comenzó a decir ella.

—Una vez más, no estamos de acuerdo —espetó Stephen, dejándola perpleja.

—¿Cómo? —preguntó girándose hacia él.

—Está claro que cada uno de ellos forma parte de nuestras vidas, y de alguna forma les afectan nuestras decisiones. Parece que todos tienen algo que decir, y ya que se han tomado la molestia de organizar todo esto, estoy impaciente por escucharlos.

Pamela apretó los labios y fue ella la que, cruzándose de brazos, se reclinó hacia atrás. Su animó no mejoró al ver que Anna miraba a Stephen embelesada y feliz con su respuesta, y él le guiñaba un ojo.

—Si no os importa, me gustaría empezar yo —anunció Summer. Y en ese momento se convirtió en el centro de atención—. Me gustaría decir, antes de nada, que adoro a mi hermano y que es uno de los mejores hombres que he

conocido en mi vida...

—Los halagos de poco van a servirte para conseguir mi perdón —la interrumpió Stephen.

—Lo sé. Soy consciente de ello, pero no estoy mintiendo. Jamás he conocido a un hombre tan entregado, tan protector y honesto. Salvando lo presente, cariño —dijo esta vez para su marido, y él le devolvió la amorosa sonrisa que ella le dedicaba.

Stephen puso los ojos en blanco.

—Siempre te vi como un mujeriego, un espíritu libre que no deseaba atarse...

El discurso de Summer se vio interrumpido por la tos de Stephen.

—Por favor, no me eches un cable, tírame mejor una soga para que acabe con esto rápidamente —dijo pasando dos dedos por el cuello de su camisa, como si de repente le apretase.

—¡Calla!, que no he terminado. Quiero decir que yo, como mucha otra gente, pensábamos que no querías sentar la cabeza y que no te veríamos jamás embarcándote en una relación seria, hasta que conociste a Pamela. Yo personalmente descubrí en ti una fuerza y determinación abrumadoras cuando te diste cuenta de lo hondo que ella había calado en tu corazón.

Pamela sintió que le ardían las mejillas y quiso que se la tragase el asiento de cuero del banco, pero no tuvo tanta suerte.

—Yo suscribo cada palabra —intervino Gabriel—. Aunque hace poco tiempo que conozco a mi cuñado, no puedo decir más que cosas buenas de él. Y me consta que, si decidieras darle una oportunidad, no cesaría en su empeño por hacerte feliz.

Pamela tomó aire profundamente.

—No se trata de eso... No lo entendéis...

—Yo sí lo entiendo, cariño —intervino Diane. Y Pamela elevó el rostro para encontrarse con su mirada. Cuando la mujer que la había visto en sus peores momentos, le ofreció la mano, no dudó en devolverle el gesto dándole la suya. Se sintió reconfortada, nada más sentirla, como si recibiese el calor de una madre—. Estuve contigo cuando perdiste a Anthony, cuando sentiste que tus sueños y tu corazón se rompían dolorosamente. Pero también lo hice cuando te levantaste, cuando decidiste salir del pozo de la tristeza y llenarlo de alegrías para tu hija. Anna es un regalo del cielo, lo mejor que nos ha pasado, pero no solo ella tiene derecho a ser feliz. Sé que da miedo, sobre todo la posibilidad de volver a perder el amor. Pero la felicidad no es más que un cúmulo de buenos momentos, y no podemos rendirnos y dejarlos escapar. Stephen está aquí, y me consta que no tiene intención de desaparecer. Lo que sentís el uno por el otro, solo vosotros podéis decíroslo. Pero te quiero como si fueras mi hija y me duele ver que el miedo te paraliza y te niegas a escucharlo no solo a él —dijo posando su otra mano en el brazo de Stephen—,

sino a tu propio corazón.

Pamela fue incapaz de hacer descender el nudo de emociones que le atenazaban la garganta y amenazaban con hacerla llorar. No supo qué decir al respecto, pero su voz interior aplaudió a Diane con fuerza. Por suerte la camarera eligió ese momento para acercarse a la mesa y llevar sus bebidas.

—¿Podrías traer también, por favor, un zumo de arándanos para la princesa? —le pidió Stephen a la chica. Y...

Pamela no fue capaz de escuchar el resto del pedido de Stephen, su corazón se saltó un latido al ver lo bien que conocía a su hija, y lo pendiente que estaba de ella. Cuando la camarera terminó de tomar nota, no tuvo ni un segundo de resuello cuando Anna tomó la palabra.

—Mami, yo ya no quiero que *Sir* guapo sea nuestro amigo especial —dijo muy seria y concentrada.

Pamela la miró conteniendo el aliento.

—Quiero que sea tu novio —terminó por aclarar.

Pamela, que estaba a punto de beber de su vaso, lo volvió a dejar por miedo a atragantarse. Aun más cuando vio la amplia sonrisa que se dibujaba en los labios de Stephen.

—¿Quieres que te cuente por qué? —preguntó la niña.

—Por favor, princesa. No me perdería esto por nada del mundo —contestó por ella Stephen, encantado.

Pamela no pudo contenerse y le dio un codazo en las costillas. Pero él ni se inmutó.

—Pues creo que los novios son más útiles que los amigos.

Aquella apreciación sí dejó a Pamela sin palabras.

—¿Útiles? —preguntó en un susurro.

—Sí, mami. Los novios no solo te hacen reír y juegan contigo, también te dan besos de amor.

Pamela se cubrió la boca con la mano ocultando una sonrisa, mientras sus mejillas se encendían.

—Los besos de amor son mejores que los normales, ¿sabes? Me lo han dicho Kriss y Kat. Te hacen más feliz que los otros, y yo quiero que seas super feliz, mami.

La ternura llegó al corazón de Pamela, inundándolo.

—Y los novios tienen más cosas buenas; comparten el postre contigo, conocen tu comida favorita, te abrazan si te da miedo una película y, además, hacen bebés. Y mami, sinceramente, creo que se me está haciendo tarde para tener un hermanito.

Aunque la mesa se llenó de risas, Pamela quiso desaparecer fulminada.

—Bien, cariño, tomaré nota de todo lo que me has dicho —fue lo único que consiguió responderle cuando la niña la miró expectante. Y aunque sentía la mirada de Stephen clavada en su nuca, no pensaba girarse a enfrentarlo en

ese momento, ni por todo el oro del mundo.

—Bien, a colación de todo esto de hacer bebés... Por favor, ¿puede alguien teparle los oídos a la niña? —preguntó Garret con una sonrisa que hizo que Pamela cubriese las orejas de Anna con sus manos, inmediatamente, a pesar de sus protestas— Perfecto, pues yo solo quería aportar a esta intervención un par de cosas. La primera, que Stephen es un tío estupendo.

Y como si fueran un par de colegas adolescentes, Garret y él se chocaron los puños con camaradería.

—... Y el único capaz de mejorar el humor de mi querida compañera por las mañanas. Es evidente que desde que “dieron un paso más en su relación”—añadió entrecomillando con los dedos— se la ve menos... tensa. Y, por lo tanto, más feliz.

Pamela lo fulminó con la mirada.

—Ahora en serio —dijo cambiando el tono radicalmente—. Cassidy, con sinceridad, jamás he tenido una compañera tan buena como tú. Eres una gran inspectora, una inmejorable policía y una mujer fabulosa que merece despertar todos los días con una sonrisa. Nosotros somos testigos, en cada turno, de lo mejor y lo peor de la humanidad. Cuando volvemos a casa necesitamos nuestra porción de paraíso, nuestro refugio, la complicidad de unos brazos que nos reciban para borrar todo lo malo que nos ha podido pasar. No renuncies tú al tuyo.

Pamela tragó saliva y con ella el nudo de su garganta, pero seguía sin saber qué decir. Se miró las manos y cuando vio la de Stephen aferrando una de las suyas, el contacto borró su mente por completo.

—Os agradezco mucho a todos, esto que intentáis hacer por nosotros — se pronunció Stephen—. Pero ahora os pido que nos dejéis unos minutos. Yo también tengo algunas cosas que decir, y son solo para ella.

Todos asintieron, y conteniendo la emoción se marcharon dejándolos solos en la mesa.

CAPÍTULO 20

En cuanto Stephen vio que se quedaban a solas se giró para encararla. En algunos momentos de aquella alocada intervención la había visto evitar el contacto visual con él, pero ahora, no tenía escapatoria. En ningún momento había querido presionarla, pero sí sentía la necesidad de dejar las cosas claras entre los dos, sobre sus sentimientos e intenciones con ella. Aun no le había soltado la mano, tal vez por miedo a que se le pudiese escapar, o simplemente porque el contacto con Pamela siempre le había parecido delirante. Subió sus manos enlazadas y las colocó sobre la mesa. Ambos las miraron unos segundos y después entre ellos.

La vio tragar saliva y supo que estaba a punto de hablar, pero fuese lo que fuese lo que quisiera decirle, tendría que esperar.

—Stephen yo...

—Te amo —anunció él sin más.

El rostro atónito de Pamela era un poema. Abrió los labios y estaba seguro de que había pedido la capacidad de respirar. Antes de que se desmayase por falta de oxígeno, decidió proporcionárselo él. Y tomando su rostro entre las manos, la besó.

Volver a sentir el contacto de sus labios suaves y llenos, bajo los suyos

mucho más duros y exigentes, fue sencillamente extasiante. Pamela exhaló con suavidad y él se bebió su aliento de menta como si fuera el más exquisito de los elixires. El incendio devastador que lo poseía cada vez que la besaba se abrió paso en su mente, asolándolo todo. Con su rostro entre las manos la atrajo hacia él. Quería devorarla entera, pero se conformó con apoyar la frente en la suya y sonreír, de pura felicidad.

—¿No estás de acuerdo con Anna? Los besos de los novios son mucho mejores —dijo a escasos centímetros de su rostro.

Pamela abrió los ojos cuanto pudo, no sabiendo si enfadarse con él o con ella misma, por caer como una pardilla. Él le había dicho que la amaba, y sus palabras habían nublado su juicio dejándola sin voluntad.

—No somos...

—Deja de resistirte, cariño. Ya lo has oído, soy un buen tipo. Tengo defectos y virtudes, y no voy a negarlos. Pero puedo asegurarte que ninguno te romperá el corazón. Amo, adoro, ese corazón tuyo. Ese que te hace feroz, implacable, dulce, apasionada, decidida, valiente... Ese que hace que pierda la cabeza cuando te veo...

—Para... —pidió ella en un susurro sintiendo que, con cada frase suya, perdía parte de su fuerza y convicción.

Durante esos días lo había añorado cada segundo, pero también se había vuelto loca sopesando lo doloroso que sería arriesgar de nuevo su corazón y

volverlo a perder. Ella ya sabía lo que era que le fuese arrebatado de la forma más brutal. Y se sentía tan dividida como cada uno de los sentimientos que azotaban su mente; culpabilidad, dolor, esperanza, tristeza, añoranza, euforia, fidelidad, ilusión... amor. Porque sí, estaba enamorada de Stephen. Lo sabía con certeza desde que hizo el amor con él y tuvo que esconder el rostro para llorar envuelta en la abrumadora realidad de volver a sentir algo que ya pensaba imposible para ella. Tras la muerte de Anthony cerró su corazón a cal y canto, pensando que era lo mejor para ella, para Anna. Y Stephen había llegado destruyendo barreras, quebrantando su voluntad. Pero reconocerlo en voz alta y ante él, sería abrir las puertas de la caja de Pandora. Saber que perdería el control y estabilidad que tanto tiempo le había costado conseguir.

—Dilo —le ordenó él con suavidad como si pudiese leer en su rostro su debate mental.

Stephen pasó el pulgar por su labio inferior y descendió hasta su garganta. Bajo su yema pudo sentir el latido frenético de su corazón. Cada segundo se hizo agónico y eterno, pero respiró con profundidad y esperó. Ella lo merecía.

Pamela cerró los ojos y se limitó a acallar las voces de su mente y escuchar solo el latido acelerado de su corazón, como cada vez que estaba cerca de él. Lo reconocía de una forma que ella se empeñaba en negar, y sin embargo ahí estaba. Una realidad aplastante que temía pronunciar.

—Yo... también te amo —dijo aún con los ojos cerrados. Y la sensación de libertad fue tan energizante que una sonrisa asomó a sus labios.

Cuando abrió los ojos, la mirada color chocolate de Stephen la estaba esperando, tan cálida y pícaro como el día que lo conoció.

—Repítelo —ordenó tomando de nuevo su rostro, sin poder dejar de sonreír.

—Te amo —dijo ella sin duda. Y pegaron los rostros, cómplices del momento que estaban viviendo. Sin poder dejar de reír, como si no pudiesen creer que hubiesen llegado a ese punto.

—¡Me ama! —gritó Stephen alzando el brazo hacia la mesa ocupada por sus familiares y amigos, en la otra punta del restaurante.

—¡Para! ¡No hagas eso! —le dijo ella sin dejar de sonreír, completamente avergonzada.

—¿Por qué? Quiero que lo sepa todo el mundo. Soy feliz, he encontrado a la mujer de mi vida y ella me quiere —le dijo pegado a sus labios.

—Yo también soy feliz —confesó ella.

Lo miró embelesada. Acababa de entregar su corazón a aquel hombre endemoniadamente guapo, capaz de arrodillarse y ponerse una bata de hospital para convertirse en el caballero de brillante armadura de su hija. A un hombre que haría lo que fuese necesario por su familia. Y al hombre que conocía cada una de sus pequeñas manías, sus defectos y virtudes, y aún así, la amaba sin

límites.

—¿Y ahora qué? —preguntó consciente de que por primera vez en mucho tiempo no tenía un plan que guiase su vida.

Stephen acercó el rostro a su cuello, hasta que sus labios acariciaron el lóbulo de su oreja y le susurró.

—¿Qué te parece si empezamos a cumplir los deseos de la princesa Anna?

Pamela abrió los ojos a la par que los labios.

—Ya veo que has pillado la idea —se burló Stephen guiñándole un ojo. Pero antes de que pudiese pronunciarse, él selló sus labios con un gran beso, que hizo que volviese a perder la cabeza.

FIN

PRÓXIMA PUBLICACIÓN
EN SEPTIEMBRE/2018

Todos los Latidos
rotos de mi
Corazón



LORRAINE COCÓ

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer este libro
a cada una de mis fieles encadenadas.

Por animarme en cada proyecto,
por hacer suyos mis personajes y,
soñar conmigo entre páginas.

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En Mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo*

parcial, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*. En 2017 se adentró en el suspense romántico con su serie que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de ti*, *Lo que tomo de ti*.

En 2018 hizo su primera incursión en el New Adult con *Los días grises* y *su mirada azul*. Y fue galardonada con el primer puesto en el Premio Literario NORA. Otorgado por compañeros de letras y lectores.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

OTROS LIBROS:

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Los días grises y tu mirada azul

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Sexy Summer Love – Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

NEW ADULT

Los días grises y tu mirada azul - Romántica's Cocó

Todos ellos disponibles en digital y papel.